

# La torre del ojo

Año I — Número I

Revista de literatura y cultura



# La torre del ojo

Revista de literatura y cultura

[www.latorredelojo.com](http://www.latorredelojo.com)

NÚMERO 1

Septiembre 2025

ISSN: 3101-2167

## DIRECTORES

Felipe Díaz Pardo

Fernando Martín Pescador

## COLABORACIONES

Elena Belmonte

Raquel de Bordóns

Jesús Cepeda

Ignacio Corral Tous

Susana Coyette Urrutxua

Carlos Diest Sánchez

Robertti Gamarra

Benito García Rodríguez

José Ramón Guillem García

Pedro López Lara

Santiago A. López Navia

Tina de Luis

Joaquín Miñarro

J. R. G.

Miguel de los Santos

Silvia Sotomayor

## ILUSTRACIONES

Carmelo Rebullida

La torre del ojo

Año 1 - Número 1 Revista de literatura y cultura



## CONTACTO

[latorredelojo@gmail.com](mailto:latorredelojo@gmail.com)

Enviar colaboraciones a esta dirección de correo.

**La torre del ojo** no se responsabiliza, necesariamente, de las informaciones y opiniones expresadas por sus colaboradores.

## Editorial

Por Fernando Martín Pescador

Cero. Es posible que esta sea la única forma de empezar realmente de cero: iniciando un texto con una oración de una sola palabra y que esta palabra sea, ni más ni menos, cero. Un cero a la izquierda. Porque rara vez, posiblemente nunca, empezamos de cero. No partimos verdaderamente de cero ni siquiera cuando nacemos, pues llevamos alrededor de nueve meses dentro del útero de nuestra madre. Y antes de ser gestados somos fruto del pasado de nuestros padres. Y estos de nuestros abuelos.

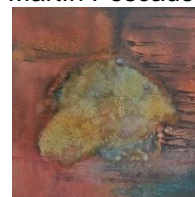
El año cero no existe (pasamos del año 1 antes de Cristo al 1 después de Cristo); el kilómetro cero es un constructo y pocos se ponen de acuerdo en su ubicación. No es casual que los romanos se mostraran reacios con este número (¿serían *recerosos*?) y no tuvieran un símbolo para representarlo.

Por eso, aunque este sea su primer número, esta revista no parte de cero. Esta revista parte de pulsiones creativas incontroladas, de ilusiones (frecuentemente hermosos espejismos) sin freno y de una red de amigos (el mejor tipo de red en las buenas y en las malas) siempre dispuestos a sumar. Y, asúmase, a sumarse. Gracias, muchas gracias a todos esos amigos que hemos ido acumulando a lo largo de los años y a todos aquellos que quieran unirse a nosotros a partir de este momento.

Queremos que esta revista sea vino y rosas, seda y esparto, hierro y carbono forjados a las más altas temperaturas: acero. La literatura y la cultura enriquecen nuestras vidas, las ordenan, les dan sentido y significado. Sin literatura y sin cultura, nos disolvemos en el mercado, compramos y somos comprados, especulamos y somos especulados. Sin literatura y sin cultura, nos disolvemos en pequeñas partículas que se desintegran y van desapareciendo hasta que quedamos en nada. En cero.

Haz clic en el número de página para ir al artículo deseado (válido desde tu ordenador).

In memoriam – Jesús Enrique Racionero Romero	<a href="#">página 4</a>
Fernando Martín Pescador	
Septiembre	<a href="#">página 5</a>
Raquel de Bordóns	
Preparativos	<a href="#">página 6</a>
Pedro López Lara	
En garde	<a href="#">página 7</a>
Santiago A. López Navia	
Tres poemas chaponeses e una addenda catalana	<a href="#">página 8</a>
Carlos Diest Sánchez	
5 Poemas del primer cuaderno del libro inédito <i>Sinfonola</i>	<a href="#">página 14</a>
Ignacio Corral Tous	
A suspiros sigo la estela que tu nombre va dibujando	<a href="#">página 19</a>
Silvia Sotomayor	
Entrevista con Carmelo Rebullida	<a href="#">página 20</a>
Fernando Martín Pescador	
Un espejo en el balcón	<a href="#">página 28</a>
Felipe Díaz Pardo	
La primera vez	<a href="#">página 37</a>
Susana Coyette Urrutxua	
La taberna de Aqueronte	<a href="#">página 38</a>
Benito García	
Parcelas en la arena	<a href="#">página 41</a>
Tina de Luis	
Luz Ovalada	<a href="#">página 45</a>
Robertti Gamarra	
Dos escalones redondos	<a href="#">página 47</a>
Joaquín Miñarro	
El festín del rey	<a href="#">página 48</a>
J.R.G.	
Homenaje al escritor desconocido	<a href="#">página 51</a>
Felipe Díaz Pardo	
Los libros de mi vida	<a href="#">página 54</a>
Miguel de los Santos	
¿Por qué seguimos leyendo a los clásicos en 2025?	<a href="#">página 56</a>
José Ramón Guillem García	
<i>Del color de la leche</i> , de Nell Leyson. Sexto Piso, 2013	<a href="#">página 59</a>
Elena Belmonte	
Enheduanna y Junko Tabei	<a href="#">página 61</a>
R. Kipling	
Agenda 2024—25	<a href="#">página 63</a>
Agenda 2025—26	<a href="#">página 64</a>



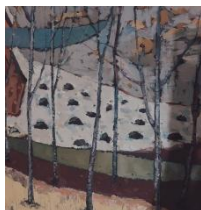
El número 1 de *La torre del ojo* está dedicado a Jesús Enrique Racionero Romero. Jesús (para muchos, era Enrique) fue, ante todo, un gran amigo. Retirado prematuramente del ejército por problemas de salud (estuvo destacado en la antigua Yugoslavia), se dedicó a seguir aprendiendo, a colaborar con la comunidad y, en cuanto pudo, comenzó a desempeñar una variedad de trabajos (agente de seguros, vendedor de pisos, conductor de Uber, empleado en un puesto de información a los pasajeros de la estación de Chamartín, conserje en una universidad privada) que le permitían mantener su juventud de espíritu y observar, de cerca, el mundo que nos rodea.

Jesús era un gran conversador, siempre comedido en sus comentarios, siempre escuchando a su interlocutor y siempre aportando información interesante. Nacido en su amado Alcázar de San Juan, presumía de su pueblo a la vez que mostraba un enorme interés por las particularidades del mundo y por la actualidad internacional.

Durante toda una temporada (2015—2016), compartí micrófono con Jesús en nuestra realización del programa *Cien años de cultura pop*, de la COPE Madrid Sur. Cada semana repasábamos las cuestiones más interesantes que definían cada uno de los años del siglo XX y Jesús siempre traía al programa datos que nos cautivaban a todos. En el clip que hemos seleccionado para la revista electrónica, nos habló de las motos Vespino, que comenzaron a fabricarse en España en 1968.

Sin que él se diera cuenta, seguí muchos de los caminos que eligió Jesús a la hora de criar a su hijo Enrique, pocos años mayor que mi hijo, por el que sentía gran devoción. Jesús siempre apostaba por el diálogo, por escuchar y apoyar a nuestros hijos.

Jesús nos dejó, demasiado pronto, demasiado joven, el 31 de julio de 2025. Desde aquí, mandamos un abrazo muy fuerte a Mercedes, su mujer, y a Enrique, su hijo.



“En septiembre empiezo la dieta sin falta.” ¿No os ha pasado nunca que, mediado el mes de agosto y relajado en esas horas estivales en las que el sopor te vence, aparece una pequeña inquietud en tu mente que te hace sentir que hay que empezar nuevos proyectos?

No sé para vosotros, pero para mí septiembre siempre ha sido el mes en el que empieza el año. Enero es un buen principio para el calendario gregoriano. Pero septiembre es *el mes*. Para mí es un mes importante porque es en el que empecé mi vida. Es el mes en el que empiezan los colegios. Todas las madres y padres podrán entender bien lo que digo. Comprar libros, estuches, bolígrafos nuevos. Ay, recuerdo con nostalgia esas visitas a las papelerías donde me embriagaba ese olor a papel que todavía hoy impregna mis sentidos.

Pero no solo eso. Septiembre es el mes de los proyectos y de los buenos propósitos. En septiembre decidimos volver al gimnasio y perder esos kilillos que hemos acumulado durante el verano (en el mejor de los casos). A veces hemos ido atesorando esos kilos desde el invierno, momento en el que olvidamos esos buenos propósitos del septiembre anterior, cautivados por las succulentas y cariñosas comidas de las Navidades. Tras ese momento (que otros llaman año nuevo), el frío que invita al recogimiento nos aleja de esos buenos propósitos y nos aletarga como si fuéramos tortugas.

Por eso me encanta septiembre. Los cuerpos lucen dorados por el sol y las mentes se encuentran tranquilas y relajadas después del periodo vacacional. La vida regresa poco a poco a la gran ciudad y la va inundando de hormiguitas que vuelven poco a poco a sus rutinas llenando las avenidas, tan solo unos días antes, medio desiertas. El bullicio todavía no es excesivo, pero las calles rebosan de la alegría de los niños, de los reencuentros y de los recuerdos estivales compartidos.

Este año septiembre nos va a regalar un nuevo proyecto. Nace *La torre del ojo* y, como todo nacimiento, ilusiona, abrumba y, a la vez, genera esa incertidumbre emocionante que te hace desear verle la cara a tu bebé y empezar a conocerle poco a poco. Para darte cuenta de que todo principio creado con ilusión y, para más inri, en septiembre, solo puede ser un gran proyecto.

---

\* Raquel de Bordóns es miembro fundadora del grupo literario Solicos.



## PREPARATIVOS

Pedro López Lara\*

Aún inmóvil, pero inquieta ya,  
la espada sueña la batalla. Ruega  
que el brazo que la empuñe esté a su altura  
y sea numeroso y fuerte el enemigo,  
que al cerrarse la lid brille encarnado  
su filo con la sangre irreparable  
de hombres que al caer sintieron digno  
su fin, no fruto de un azar borroso,  
sino tributo y colofón: destino.

La espada, ensimismada, inquieta, pide  
que el combate alimente de recuerdos  
duraderos su memoria exigente.

El sueño del acero recrea la batalla,  
que, especulada, se planea en él.  
Los hombres velan y no sueñan, piensan  
en la batalla, afilan sus espadas,  
rezan a un Dios que no escucha sus rezos,  
que aún no ha decidido qué hará de ellos,  
de cada uno de ellos, qué hará de sus espadas  
al alba, cuando empiece la batalla.

---

\* **Pedro López Lara** (Madrid, 1963) realizó la carrera de Filología Hispánica, a cuyo término cursó los estudios de Doctorado. Ha publicado diversos artículos y reseñas sobre temas literarios, así como numerosos manuales didácticos de Lengua y Literatura. En 2020 fue galardonado con el Premio Rafael Morales y en 2022 con el Premio Alcalá de Poesía. *Por arrabales últimos (Antología poética)*, publicada por Renacimiento en 2025, recoge poemas de sus anteriores libros.





### **EN GARDE**

Santiago A. López Navia\*

Llegas al mar y has lanzado tu sonda.  
Conoces del abismo las entrañas.  
Eres perito en fondos, no te extrañas  
cuando exploras la sima, oscura y honda.

Llegas a tierra y previenes tu ronda.  
Limpias del sable polvo y telarañas.  
Ya ven que vas armado, a nadie engañas.  
Quien no se haya escondido que se esconda.

Buzo en el mar y explorador en tierra,  
guardas tu nave y proteges tu fuerte.  
Dios libre a tu enemigo si te aborda.

Tiemblen ellos, no tú, si mueven guerra.  
Sigue a tu alma, entrégate a tu suerte.  
Tú ya has tocado fondo. *Sursum corda*.

---

\* **Santiago A. López Navia** (Madrid, 1961) es licenciado y doctor en Filología por la Universidad Complutense de Madrid y en Ciencias de la Educación por la UNED, catedrático en la Universidad Internacional de La Rioja. Poeta y cervantista, es autor de varios libros de poesía y de relatos.

De todas las personas que conozco, mi amigo Carlos Diest Sánchez es posiblemente una de las personas que mejor elige las palabras que dice y que escribe. Por eso, da gusto escucharle y da regocijo leer sus escritos. Como filólogo que es y conocedor de varias lenguas, además, a mi amigo Carlos Diest le gusta elegir en cada momento la lengua en la que habla y en la que escribe. A la hora de producir su obra literaria, Carlos ha elegido siempre escribir en aragonés. A mí me gusta imaginar que es la lengua de su corazón. De ahí el lirismo de sus poemarios (*Luen d'as tierras d'a libertá, O churamento de Creszenzio, Animals esclarexitos, Rimallos...*), de sus canciones escritas para el grupo de rock Esferra y de la prosa de su magnífico libro de cuentos breves (*Long live rock'n'roll y atras basemias*).



Para el primer número de nuestra revista, Carlos nos regala tres poemas japoneses y una adenda catalana. Vienen acompañados de una ilustración que consta de cuatro partes unidas, una para cada poema. De hecho, el autor nos explica que no se trata de un mini poemario, sino que es, más bien, un puzle. Los cuatro poemas fueron escritos originalmente en aragonés y los tres primeros han sido traducidos al español por el autor. El cuarto poema ha sido traducido al catalán, también por Carlos, porque en ese idioma se le ocurrió el título al autor y, a partir del título, escribió el poema en aragonés. Además, es un poema basado en la aliteración y en español no era tan fácil mantenerla.

Por último, el primer poema está dedicado a un amigo del autor, Manuel Sanchez Barea, que escribe su primer apellido sin tilde.



## Tres poemas chaponeses e una addenda catalana



Ilustración: Carlos Diest Sánchez

Carlos Diest Sánchez

茶道 / CERIMONIA D'O TÉ

*A Manuel Sanchez Barea*

os anyos      (as anyadas)  
(as cantas)    as cançons  
nos han menau ta esta envista  
de volitos de grudas migraderas  
sobre as cireseras en flor

—en a blanca pureza d'a parabra  
arrigue alegre a tinta—

茶道 / CEREMONIA DEL TÉ

*los años      (las añadas)  
(las cantas)    las canciones  
nos han conducido a esta vista  
de vuelos de grullas migratorias  
sobre los cerezos en flor*

*—en la blanca pureza de la palabra  
la tinta ríe alegre—*

物の哀れ / A COMMOCIÓN D'AS COSAS

Recuerdas ixa pluya  
tan diferent d'a nuestra?  
Recuerdas os camins, as espelungas,  
a brevedat d'a luz d'agüerro?  
Recuerdas as parabras, as murallas,  
as cosas que no tienen nombre?  
Recuerdas cómo yéranos,  
cómo nos soniábanos eternos?  
Lo recuerdas encara? Di—me,  
tot ixo, significa cualcosa pa tu agora?

物の哀れ / LA CONMOCIÓN DE LAS COSAS

*¿Recuerdas esa lluvia  
tan diferente de la nuestra?  
¿Recuerdas los caminos, las cuevas,  
la brevedad de la luz en otoño?  
¿Recuerdas las palabras, las murallas,  
las cosas que no tienen nombre?  
¿Recuerdas cómo éramos,  
cómo nos soñábamos eternos?  
¿Lo recuerdas todavía? Dime,  
todo eso, ¿significa algo para ti ahora?*

我慢 / PERSEVERANCIA

*All the tired horses in the sun*

*How am I supposed to get any riding done?*

D'a canción «All the tired horses», versión de Lisa O'Neill

Toz os caballos viellos,  
cansos baixo o sol, encara aguardan.

Tamién nusatros somos un silencio  
inacabau n'a plana,  
tamién nusatros creyemos encara.

—Vivir ye cabalgar— repites n'a distancia.

我慢 / PERSEVERANCIA

*Todos los caballos viejos,  
cansados bajo el sol, todavía esperan.*

*También nosotros somos un silencio  
inacabado en el llano,  
también nosotros creemos todavía.*

*—Vivir es cabalgar— repites en la distancia.*



## NOSTÀLGIA NOSTRADA

A nuestra nostalchia s'aduna n'a nafra.  
Dandaleya e duda. Deseya durar,  
tornar; trencar a tardada e trescruzar—la.  
Pleve n'a plana. A pluya parla. Plora  
per totas as cosas que nombra e no troba,  
afalaga glarimas d'agüerro e uembra,  
teixe treslumbres de tiempos entreubiertos.  
As horas s'isolan solencas, solencos  
s'eslisan os días, os anyos. Nusatros  
no somos que ausencia, cenisa, silencio,  
recuerdos d'enruenas, rimалlos d'ensuenios.  
Trencadiza torna a tremor d'a trafulla.  
Deseya desfer a dolor d'o deseyo.  
A nuestra nostalchia ye nafra e ye duna.

## NOSTÀLGIA NOSTRADA

*La nostra nostàlgia s'aduna a la nafra.  
Tituba i dubta. Desitja durar,  
tornar; trencar la tarda i travessar—la.  
Plou per la plana. La pluja parla. Plora  
per totes les coses que anomena i no troba,  
afalaga llàgrimes de tardor i ombra,  
teixeix entrellums de temps entroberts.  
Les hores s'isolen solitaries, solitaris  
s'esllissen los dies, los anys. Natros  
només sem absència, cendra, silenci,  
records d'enrunes, rimers d'ensomnis.  
Trencadissa torna la tremor de l'engany.  
Desitja desfer lo dolor del desig.  
La nostra nostàlgia és nafra i és duna.*

**5 POEMAS DEL PRIMER CUADERNO DEL LIBRO INÉDITO SINFONOLA**

Ignacio Corral Tous\*

*“Los soldados negros alistados en el ejército yanqui, durante la Guerra Mundial, enseñaron el blues a los blancos, y los blues se pusieron de moda... Los blues permitieron a los negros ser alguien, por primera vez, por muy mala fama que ello supusiera”*

*(Enrique Gil Calvo, Los depredadores audiovisuales)*

**NO CAMBIAN LOS TIEMPOS**

I.—

Dejad paso a la corriente que emana  
de los mismos fluidos que ya os empapan:  
dejad que corra de Oeste a Este,  
que de Norte a Sur su fulgor despierte  
conciencias dormidas, albores recientes,  
flores anochecidas, hogueras nutrientes.

II.—

Apartad pues y al agua bendita  
que asciende del infierno ardiente  
dejad paso franco, no os interpongáis  
pues con fuerza inaudita e incipiente,  
trae la buena nueva de la mezquindad:  
corramos pues todos ante ella a postrar.

III.—

Y así arrodillados, vencidos, callados,  
este océano herido nuestros sueños ahoga;  
su ruido y su furia los vemos ahora,  
demasiado tarde para echarse atrás  
pues silencio eterno nos hizo jurar  
a cambio de nuestro veneno ritual.

IV.—

No lloréis más niños, ancianos, cantores:  
no nos prometieron fervientes pasiones,  
vendió la corriente tan sólo ilusiones,  
castillos de arena que el viento se lleva,  
entelequias ciegas para ahogar las penas,  
mas no realidades; esas: ¿quién las sueña?

---

\* Ignacio Corral Tous es el autor del poemario *Cuadernos Carver*, Prames, 2023.

## MASTERS OF WAR

Bob Dylan

I.—

Esta es la letanía de la pistola  
que bajo mi mano se apoya,  
la letanía de quien observa  
dentro de vuestras miradas  
rindiendo cuentas del mal que orbita  
detrás de vuestras máscaras.

II.—

Esta es la letanía de las balas  
que al albur viajan, sin dueño,  
sin destino certero, a expensas  
de la absurda puntería del momento:  
no tienen alma los proyectiles,  
eluden sin conciencia alguna el silencio.

III.—

Esta es la letanía de los niños  
asesinos que, mirando al suelo,  
disparan a sus propios sueños, asediados  
por el hambre, la miseria y el miedo;  
no hay en ellos odio, es todo un juego:  
la muerte, el alcohol, el sexo...

IV.—

Esta es la letanía de la sangre  
de los inocentes brotando de la tierra calcinada,  
de los campos del exterminio inminente,  
que en su grito de súplica silenciada  
invocan al Dios de Occidente con la fe  
del converso rezando para que cambie su suerte.

## TRANSMISIÓN EN DIRECTO

*“El punk no era más que una única frase rabiosa y venenosa de una o dos sílabas, necesaria para reavivar el rock & roll. Pero antes o después alguien iba a querer decir algo más que “¡que te jodan!”, Alguien iba a querer decir “¡estoy jodido!”*

(Tony Wilson)

I.—

¿En qué momento Ian Curtis  
deja de transmitir en directo  
para hacerlo desde el más allá  
de su conciencia?  
No lo sé, chico, no lo sé;  
quizás sea divino, quizás infernal,  
o un simulacro en la oscuridad  
a la búsqueda de su propia identidad.  
No lo sé, muchacho, quizás  
desde el silencio intenta evocar  
la voz que pretende elucidar  
con sus gritos y gemidos espectrales ...  
o quizás sus absurdos balanceos  
respondan a un ritmo y a un tiempo  
que no son el suyo ni el nuestro.  
Sólo sé que su imagen, su retorcido gesto  
de furia y su extraviada mirada ...  
todo convertido en grito inmerso, ahora  
mismo me desgarran,  
tal como a él mismo lo descalabraron  
en su galopar sin tregua  
sobre ese extraño himno de lo eterno.

II.—

Y podríamos bailar  
desde el crepúsculo,  
sin una sola palabra ...  
escuchando abrazados  
el silencio  
hasta enloquecer  
en la entelequia,  
amaneciendo.

III.—

Más allá del ruido y el deseo,  
de los aberrantes brincos suicidas  
de cuerpos chocando sin sentido  
como muñecos de muelle y goma ...



Más allá del sinsentido de sótanos  
de los locales apestados y húmedos,  
inundados de orina y vómitos  
donde arrastramos nuestros cadáveres.

Más allá de la oscuridad de la noche  
y su silencio de aullidos acechantes,  
y de la locura no asimilada,  
y de nuestros millones de dientes.

Más allá de las cloacas  
donde tan a gusto nos desplazamos,  
y de los suburbios de tinta  
o las etílicas avenidas púrpura y canela.

Más allá de todo lenguaje articulado,  
de todo deseo no manifiesto, de toda desaparición ...  
fuimos capaces de saltar al abismo  
convirtiéndonos para siempre en propietarios de lo eterno.

## NEGRO Y TRISTE

*"Cold empty bed ..."*  
(Black & Blue)

Mi piel me delata  
aunque mi alma canta:  
tanta tristeza  
no admite certezas.  
¿Qué puedo hacer  
si tú no eres mi destino?

La cama está fría y es invierno,  
no hay con qué caldearse  
pues no hay dinero  
y el azul de las canciones  
siempre tiñó de sangre coagulada  
a los espíritus de estómago incierto.

A este paso nadie  
me va a admitir ni el saludo,  
hasta los viejos parroquianos  
miran ya hacia otro lado  
cuando se cruzan conmigo:  
¡qué triste es mi lamento!

Así que no digas que no tengo  
motivos para quitarme de en medio,  
si hasta envidia a los perros:  
ellos tienen al menos dueño.  
¿Qué puedo hacer  
si mi futuro queda tan lejos?

## CASI TÚ, CASI TRISTE.

*Almost Blue,  
almost doing things we used to do ...*  
(Almost Blue, —Elvis Costello/Chet Baker)

Casi tú en la imagen  
que la lluvia quiere proyectar  
esta tarde sobre los cristales.  
Casi tú y yo  
en esta tristeza de reflejos  
cincelados sobre el pasado  
a golpe de recuerdos,  
de fruta que creíamos  
prohibida, tan deseada  
en los otoños del ayer.

Casi tristes al recordar  
que un día la felicidad  
era más fuerte que la necesidad  
y el viento  
nos empujaba siempre  
hacia adelante  
como a camaradas en la lucha,  
como a soldados en el frente,  
como a enamorados  
imaginando un futuro juntos.

Casi intactos al vernos  
en las viejas fotografías  
que reposan en ajados marcos  
sobre las estanterías  
como naturalezas muertas  
de almas que se creen vivas  
en un tiempo inexistente  
y renuncian a ser conscientes  
de sus propias renunciadas  
de sus tristes fracasos.

Casi nosotros, danzando  
la danza de las ilusiones  
y el tiempo recobrado;  
el baile del tú y el mí,  
el baile del paso cambiado  
y la improvisación emocionada;  
la esperanzadora coreografía  
de que todo lo posible  
ha sido construido con amor,  
entereza, dignidad y ternura.



Ilustración: Silvia Sotomayor

### **A suspiros sigo la estela que tu nombre va dibujando**

Silvia Sotomayor\*

A pie van mis suspiros  
detrás de tu vestido de lino blanco,  
detrás de tu sombra serena,  
del baile de tus cabellos finos dorados.

Van detrás de ti mis suspiros  
sin yo poder evitarlo,  
siguiendo la estela de sol  
que tienes por labios.

A pie van mis suspiros  
tras tu limpio talle acompasado  
por el vaivén de tus caderas,

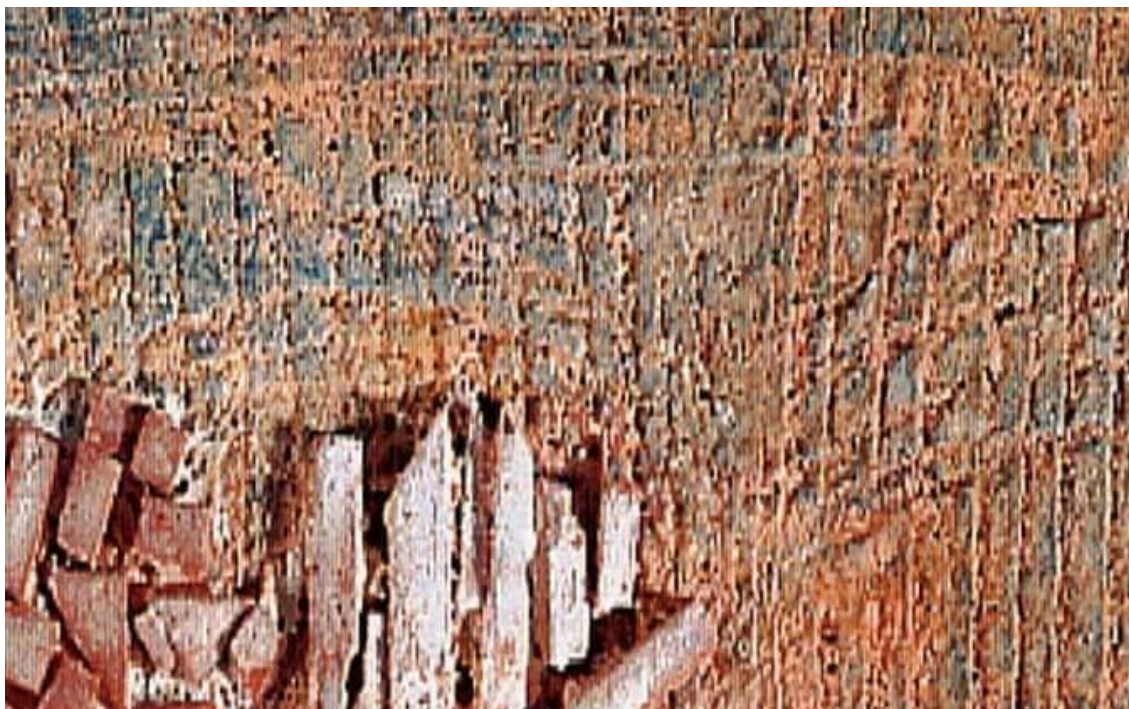
brazos y manos.  
Detrás van bebiéndose el aire  
de las huellas que van dejando tus pasos.

---

\* **Silvia Sotomayor Rodríguez** (Madrid, 1981) es profesora de Lengua Castellana y Literatura en el colegio Mirasur de Pinto (Madrid). *Sentir en verso, rimas para el cielo y la tierra* (Círculo Rojo, 2021) es su primer poemario. En breve verá la luz *Placeres y pecados*, su segundo libro de poemas.

**Entrevista con Carmelo Rebullida**

Fernando Martín Pescador



Carmelo Ramos Rebullida tiene uno de los nombres más sonoros que conozco. Tres erres que rugen bien distribuidas. Dos emes dispuestas estratégicamente. Y una ele y una elle que llevan a la lengua a acariciar nuestra zona alveolar. Para aterrizar de lleno en el planeta Carmelo Rebullida, en Montañana (Zaragoza), hay que atravesar su casa, entrando por la puerta principal y saliendo por la que da a su huerto/jardín. Hay que dejar a la izquierda las higueras y las tomateras, para encontrarnos, al fondo y a la izquierda también, con el pequeño edificio que conforma su estudio. Ya dentro, en un espacio mucho más amplio de lo que uno podía imaginar, Rebullida te muestra, generoso, sus últimas obras. Cuadros bastante grandes que levanta ligeramente para sacarlos a la luz y mostrártelos en mejores condiciones. Evita hacer comentarios. Es consciente del derroche visual y deja que su espectador hable. Su obra es toda su vida y, sin embargo, no habla mucho de sus cuadros. Prefiere mostrarlos. Dejar que el color y las formas fluyan hacia nosotros.

Carmelo habla con modestia. Con mucha prudencia. Tiene interiorizado el respeto que muestra hacia los gustos estéticos de los demás. Escucha atento



nuestros comentarios sobre sus cuadros. Es el momento de empezar nuestra entrevista.

**¿En qué momento supiste que ibas a dedicar tu vida a las artes plásticas?**

Comencé a pintar por puro azar. Mi tío Manolo era perito mercantil y, cuando tenía tiempo, se relajaba haciendo copias de pinturas muy sencillas. Le recuerdo pintando, sobre todo, gatos. Al hombre le faltaba un brazo y, cuando tenía que abrir los tubos, sufría lo indecible con algunos de ellos, sobre todo con los que no usaba de manera usual. De manera que tenía que llamar a mi tía para que se los abriese. Imagino que así, día tras día, resultaba la cosa muy tediosa y un día, viendo que yo sentía mucho interés, me regaló su maravillosa caja de pinturas americanas. Y así fue como comencé a pintar.

Mi primer cuadro fue una copia de un paisaje de una revista. Me resultó sencillo y fue un éxito. A todo el mundo le gustó, de manera que seguí pintando. Me producía una enorme satisfacción y encima se me daba bastante bien. Más tarde quise estudiar Bellas Artes pero no pude porque, entonces, los que habíamos estudiado Formación Profesional no teníamos acceso a la Universidad. De manera que tuve que aprender a base de ver muchas exposiciones, de visitar muchos museos y gracias a mi enorme curiosidad.

Al principio no pensé que un día pudiera dedicarme a esto, pero, cuando llevaba como doce años pintando, empecé a presentarme a concursos y gané dos muy importantes: el primer premio del concurso *Ciudad de Ponferrada* y el primer premio del concurso *Ciudad de Ejea de los Caballeros*. Estos premios me permitieron dejar mi trabajo en la oficina técnica donde trabajaba después de terminar Ingeniería Técnica Industrial.

Es justamente en ese momento cuando me planteo seriamente dedicarme todo el tiempo a pintar. Eran tiempos muy difíciles, pero nuestra fe y nuestras ganas eran inquebrantables. Eran los ochenta, había una bohemia maravillosa y un grupo bastante numeroso de artistas de todo pelaje acudía por la plaza Santa Cruz a enseñar sus cuadros: Laborda, Cásedas, Aransay, Iris Lázaro, Burges, Mariano Viejo, Pacheco Ruiz Monserrat, Cesar Sánchez, el Grupo Forma y muchos más. Toda esta aventura está recogida en el libro *Zaragoza. La ciudad sumergida*, de Eduardo Laborda.

En el 1978 realicé mi primera exposición en la Galería Traza, ya desaparecida, y recibí muy buenas críticas. Años más tarde me quedaría finalista del Premio *Blanco y Negro*, el premio más importante de pintura joven de aquellos tiempos en España.

**En un momento de tu vida aparece la enfermedad. Un linfoma intestinal que, como me has contado alguna vez, marca un antes y un después en tu biografía.**

En 1992 estuve en la Exposición Universal de Sevilla. Me gustó muchísimo, pero mi mayor recuerdo de la visita fue la de un cansancio enorme que, naturalmente, achaqué al calor. Era verano y había unas temperaturas altísimas, lo cual parecía estar justificado. Pero, tras regresar a casa, y viendo que el cansancio iba en aumento, me hicieron unos análisis y salió que tenía una anemia ferropénica galopante. Me hicieron varias pruebas, ya que tenía dolores fortísimos en mi vientre y no veían nada. Así que, en Enero de 1993, fui ingresado de urgencias y descubrieron que un tumor había perforado mi intestino. Tras su análisis, se descubrió que era un linfoma no Hodgking.

Fue una experiencia muy dura, tanto a nivel físico como emocional. Me dieron de alta en el hospital dos meses después con un peso inferior a cincuenta kilogramos. Mi imagen me recordaba a la de los prisioneros en los campos de exterminio nazi y, más aún, cuando me ponía mi pijama de rayas. Recuerdo que quise hacerme unas fotos en blanco y negro con la cámara de fotos y mi madre no me lo permitió bajo ningún concepto.

Tardé dos años en recuperarme, para lo cual me marché a vivir a Sevilla. El diagnóstico era muy severo y mi futuro muy incierto. Yo me encontraba muy incómodo en Zaragoza y sabía que Sevilla, con un clima más benigno en invierno y sus gentes siempre tan extrovertidas, me iría bien. Y para allá partí.

Me instalé en Sevilla en un apartamento en la calle San Vicente, muy cerca del Museo de Bellas Artes, en pleno casco viejo y, enseguida, pasé a formar parte del paisaje. Me dediqué a pintar, a conocer la ciudad y a integrarme con la gente. Enseguida hice amigos (incluso me enamoré), así que tuvo un efecto terapéutico extraordinario. La gente en el sur tiene una filosofía de la vida extraordinaria. Saben disfrutar con cualquier cosa, saben reírse de sí mismos y eso es muy difícil (al menos en el norte). A cualquier cosa le ponen una buena

dosis de humor y así la vida se hace más liviana y los problemas son más llevaderos.

Mi experiencia sevillana duró dos años y he regresado muchas veces para ver de nuevo la ciudad y ver exposiciones de amigos o algún acontecimiento importante. Durante mi estancia hice una exposición con los cuadros que había pintado allí. Regresé renovado, simplifiqué mi vida y di más importancia a las pequeñas cosas de la vida. El hecho de vivir solo me dio una enorme confianza en mí mismo y me abrí más a la gente, dejando que mi vida fluyera sin más.

**Llevas unos cuantos años pintando y, en tu búsqueda artística y de expresión, te has acercado a muchos estilos pictóricos. Háblanos de algunas de tus etapas artísticas más importantes, por qué te aventuraste en su exploración, qué aprendiste de cada una de ellas.**

Mis comienzos no distan mucho de los de cualquier pintor. Mis primeras obras son paisajes figurativos de corte impresionista que me sirvieron para adquirir una técnica que luego desarrollaría. Pronto siento la necesidad de crear algo más personal, teniendo como referencias a Ortega Muñoz y Vaquero Palacios, que me interesan por la síntesis que hacen del paisaje.

Más tarde, e influido por Enrique Gran y por pintores como Martínez Tendere y Eduardo Laborda, comienzo a pintar cuadros entre la abstracción y la figuración. Estas obras de tipo organicista están llenas de sugerencias, donde planos y bultos se mezclan en originales composiciones. El cuadro *Espacial 2*, de esa época, fue finalista del Premio *Blanco y Negro* en 1978. Este premio era el más importante de la época para pintores jóvenes.

Poco después, y como consecuencia de un viaje a Basilea y Zúrich, conozco la obra al natural de Paul Klee, que me emociona y atrapa, como ningún otro, por sus cuadros de texturas y su magia. Comienzo a incorporar texturas muy sutiles y llenas de sugerencias a mis cuadros y A. F. Molina escribe: «Rebullida goza de un componente poético inestimable, es la pintura del palpito, fe de vida del hombre simbólico resumen de sus angustias y desvalimientos; también de sus instantes de exaltación y de gozo. El artista está soplado por la inspiración, el buen espíritu le susurra a la oreja y sus lúdicas invenciones siempre nos atraen, como las ilustraciones de un libro infantil que nos fascina- ra».

En 1987 realizo una exposición en el Museo Municipal de Bellas Artes en Santander, con una marcada inspiración étnica influida por el arte primitivo africano. Empiezo también a trabajar el papel artesanal, que me fabrico yo mismo, donde realizo obras muy libres, de carácter abstracto algunas y otras con una figuración muy próxima a la abstracción, muy en la línea del expresionismo alemán del grupo Cobra. Algunos de ellos se vieron en la muestra colectiva realizada en la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja (actual IberCaja) en la exposición *Cuatro presencias del arte*, con Vicente Badenes, Pepe Cerdá, Margarita M y Carmelo Rebullida. Ana Rioja, hablando de mis pinturas sobre papel, dice: «Su pintura atrapa con fuerza y vigor al espectador. Sus colores son singulares y refinados, y su proceso creador empieza en el comienzo de fabricación del propio soporte».

Catherine Coleman habla de mi siguiente etapa artística: «A comienzos de los 90 empieza a realizar cuadros muy texturados realizados con pasta de papel, polvos de mármol y arenas diversas que crean ricos matices, lo que el teórico Allan Sekula ha denominado *Indexicality* o la huella real de la mano: La presencia física del artista. Son cuadros hermosos que huyen de la estética de lo feo. Rebullida es heredero del *Informalismo Abstracto* Español de los años 50 aunque el empleo de la materia y textura, no participa del *Angst informalista*. La estructura de sus cuadros es una malla de rectángulos con divisiones claras y contornos precisos y participa de la carga emotiva y el caos informalista. El artista ha elegido el fósil como el único motivo recurrente y nos remite al concepto de tiempo, la prehistoria y nuestros antepasados, en fin a nuestros orígenes de la vida».

A finales de los 90 abandono los fósiles y sigo pintando con materia cuadros abstractos con la idea del paisaje como pretexto. En el 2008 empiezo a meter en la superficie del cuadro pequeños espacios reticulados que crean como un mosaico abstracto que culminan en 2010 en una exposición en la Galería Pilar Ginés. Abandono pronto ese camino, en parte porque ya estaba explorado por el Grupo Pórtico (primer grupo abstracto español, incluso antes que El Paso y Dau al Set, nacido en Zaragoza).

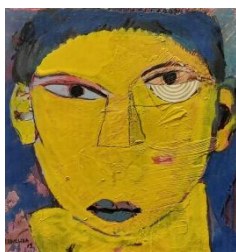
A partir de 2010, hasta hoy, pinto con la máxima libertad, no atendiendo demasiado al concepto de estilo porque pienso que ya es algo superado. A veces retomo técnicas del pasado como las texturas y, otras veces, trabajo con



pintura muy diluida, dando como resultado abstracciones y, otras, no tanto, en cuadros de gran formato. Me interesa siempre que el resultado sea fresco, placentero y sensitivo. Y siempre cambiante porque la repetición me aburre y con ella no se aprende. Además, ¿qué es la vida, sino un continuo fluir?

**Me gustaría que nos hablaras un poco más de la diversidad de materiales que, además de la pintura, utilizas en tu obra. Fabricas tu propio papel y te sientes muy atraído por la textura de los cuadros. Por la piel de tus cuadros.**

Siempre me interesé más por el cómo lo pinto que lo que pinto en sí. Es la piel del cuadro lo que verdaderamente me interesa, las sugerencias, atmósferas, el misterio que emana de ellas. Siempre busco la emoción pensando que, si yo me reconozco y me emociono con el cuadro, probablemente habrá espectadores que lo harán también, ya que, en el fondo, no somos tan distintos unos de otros.



**En 2018 gozamos de una gran exposición tuya en La Lonja de Zaragoza. Pocos artistas aragoneses vivos pueden contar una experiencia así.**

Durante dos años estuve trabajando para esta gran exposición en La Lonja, el mejor lugar para exponer en Zaragoza. Un edificio singular situado en Plaza del Pilar y que es muy visitado por varios miles de personas en cada exposición. Normalmente, se suele hacer una retrospectiva de toda una vida desde los comienzos, pero, en mi caso, decidí enseñar obra de los dos años previos, que ocuparon un 80% del espacio expositivo. Fueron grandes formatos, generalmente de 150x150 cm y de 200x200 cm, y el otro 20%, que correspondía a obras desde el año 1992, muy texturadas con apariencias fósiles.

La verdad es que fue todo un reto. Eran lienzos que envolvían al espectador y creo que en las paredes de la Lonja quedaron muy bien. Tuve que hacer una maqueta a escala, porque el espacio expositivo es complejo, ya que hay como siete espacios diferentes, que hacen muy complicado saber muy bien el número de cuadros que caben y fue bastante laborioso elaborarla ya que también

tenía que hacer miniaturas a escala de los propios cuadros, pero, al final, me dio una idea muy clara de cómo iba a quedar, aunque fueran necesarias pequeñas variaciones en el montaje final.

Ciertamente fue un orgullo exponer en este lugar tan imponente donde he visto artistas de tanto renombre y que tanto me han enseñado. La lista sería interminable pero citaré a Rodín, Pablo Gargallo, Tapies, Marín Bagües, Santiago Lagunas, por citar a algunos.

Realmente, cuando me llamó Rafael Ordóñez, Jefe de Cultura del Ayuntamiento de Zaragoza, para ofrecirme la posibilidad de exponer en La Lonja, no me lo creía porque era algo que veía muy lejano. Entre otras cosas, porque sinceramente pensaba que no estaba a la altura. Yo generalmente tengo tendencia a valorar más lo ajeno que lo propio y, a pesar de que he obtenido algunos premios importantes, creía que lo disperso de mi obra, por mis continuos cambios, no me iba a hacer merecedor. Pero, mira, me equivoqué. Lo importante es que puse toda mi cabeza, mi corazón y un gran esfuerzo físico en esta exposición. Tanto es así que hasta tuve una trombosis en la pierna debido a las muchas horas que permanecí de pie preparando la exposición. La exposición fue como un premio a los más de cuarenta años que llevo pintando.

**¿Cuánto ha cambiado tu vida tras la exposición en La Lonja? ¿Por dónde ha caminado tu proceso creativo desde entonces?**

Acabada la exposición de la Lonja, necesitaba un descanso. Preparar la obra y su disposición (lo que sería casi como una muestra antológica de mi carrera) me llevó muchos meses de trabajo duro y gran esfuerzo. Necesitaba un paréntesis y estuve casi 2 años sin pintar. Mi madre murió unos meses después tras un largo proceso de Alzheimer. Fue una lástima que no pudiera disfrutar de mi éxito en ese maravilloso espacio expositivo por causa de su enfermedad.

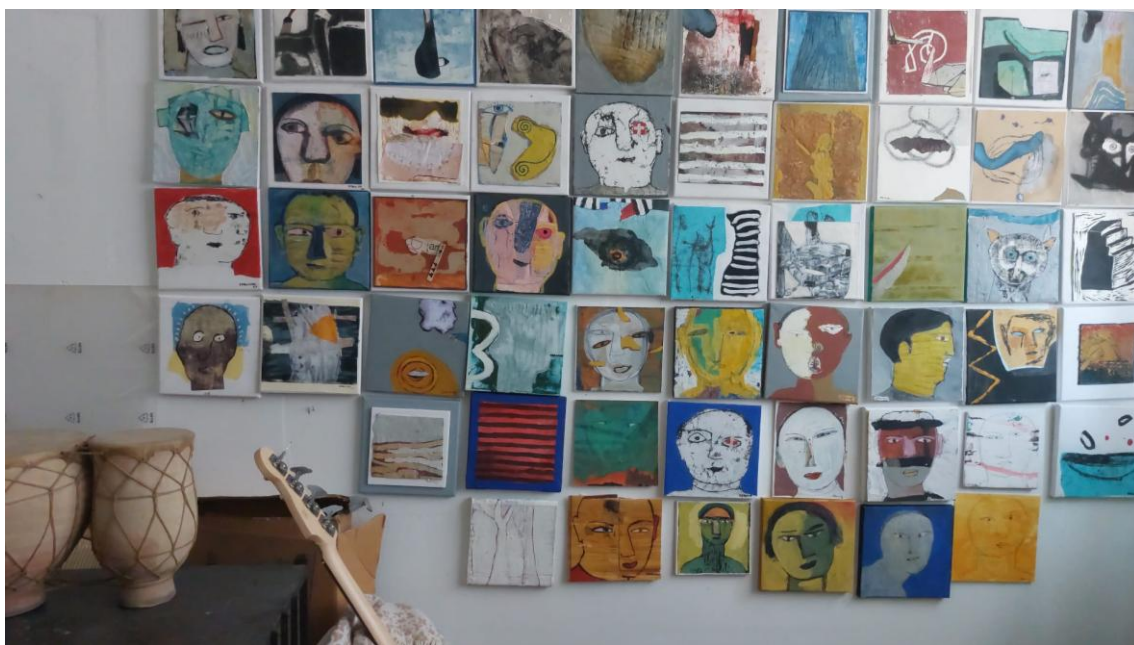
Terminado ese parón, empecé a pintar de nuevo, con tal mala fortuna que tuve una trombosis en la pierna que me ha dificultado mucho seguir pintando de pie y, por tanto, me impide realizar cuadros de gran envergadura. Así que me limito a cuadros de 100x100 cm como máximo.

Mi necesidad interna de pintar se aminora y solo voy al estudio cuando realmente me apetece. Dedico mi tiempo a otras disciplinas: estudio portugués e inglés, camino mucho, hago natación y salgo con frecuencia en bicicleta.

Sigo exponiendo. He participado en varias colectivas en la galería Torrenueva y, en Noviembre de 2024, expuse individualmente en esta misma galería con bastante éxito. Eso me ha incentivado para regresar a mi estudio de nuevo y seguir en la brecha pintando con ilusión renovada. De manera que, si todo va bien, expondré de nuevo en el mismo espacio el próximo otoño de 2025. Esta vez será obra sobre papel.

Recientemente, junto a otros tres artistas de mi barrio, realicé una exposición colectiva invitado por la Alcaldía de mi barrio. Estuvo comisariada por Rafa Fernando y llevaba el título de "Origen". Actualmente, he participado en otra más en homenaje a María Forcada en la Casa del Almirante, un palacio del siglo XVI maravilloso, junto a artistas de gran renombre como Antonio López, Farreras, Iturralde, etc.

Así que ahí sigo, porque sin pintar no se vivir y para mí la pintura es vida. Me ha dado muchas alegrías: conocer sitios, conocer gente, hacer amigos, conocerme bien y he experimentado también un reconocimiento entre cierto público que ama el arte. Como dicen los nipones encontré mi Ikigai, mi razón de ser y de estar aquí.



Estudio de Carmelo Rebullida

El tiempo vuela en el estudio de Carmelo Rebullida. Uno sale lleno de imágenes irrepetibles. Fósiles. Paisajes imaginados. Texturas. Con las puertas abiertas a los cinco sentidos. Imposible marcharse con el cerebro vacío.



## UN ESPEJO EN EL BALCÓN

Felipe Díaz Pardo

En la época estival, las ventanas se abren al mundo. La luz entra en el interior de nuestras casas y nos damos cuenta de que existe vida más allá de las cuatro paredes de nuestra vivienda. Era ese mi caso, que habito una diminuta morada que tiene la suerte de contar con un pequeño balcón a la calle. Su escasa superficie la invade un diminuto pasillo con ansias de convertirse en el laberinto que nunca llegará a ser por mucho que se empeñe. La adquirí en un momento de mi vida, allá por mi ya lejana juventud en que un trabajo estable y más o menos prometedor y la ilusión de una relación sentimental, que también preveía duradera, que me dio alas y me hizo caer en la trampa de querer formar parte de la casta de propietarios, aunque fuera a costa de unos pocos metros cuadrados de suelo mal construido y peor enlosado.

Era una casa antigua en un barrio más viejo todavía, en donde sus habitantes llenaban las aceras cada mañana en lamentable tertulia para hacerse partícipes los unos a los otros de los achaques y enfermedades que la edad les tenía destinado a cada uno de ellos, dada la edad provecta de los mismos. En tal

entorno me sentía un ser privilegiado, lleno de vida y vitalidad y rodeado de unos vecinos que me trataban con el cariño con que se trata a los hijos e, incluso, a los nietos, categoría de parentesco que parecía mantener a su lado.

Tan idílica situación cambió el día en que las ilusiones de un principiante se fueron al traste. La supuesta unión amorosa se rompió cuando la mujer a la que quería encontró mejor acomodo con otro hombre que le prometió mayores comodidades y un futuro más prometedor, y me quedé solo.

Desde entonces mi vida ha transcurrido con la monotonía propia de las existencias planas, que discurren bajo la tiranía de horarios de un vulgar oficinista y de los paseos rutinarios por el barrio y algún que otro por la ciudad, visitando museos, ferias de artesanía y cualquier evento esporádico propio de la inventiva municipal.

Esa subsistencia tan anodina se volvió a trastocar de nuevo hace unos meses, como castigo a mi impertinente costumbre de observador empedernido, fruto, como se puede inferir, de mi oscuro y triste tránsito por el mundo que acabo de describir con la brevedad necesaria. El aburrimiento de cada tarde me ha hecho otear desde tiempo inmemorial, bien a través de los cristales en estaciones inclementes del año, o bien apoyado en la barandilla del balcón, cuando las suaves temperaturas lo permiten, el trasiego de viandantes que circulan por la calle o escudriñar la vida del vecindario que se trasluce a través de los ventanales, miradores y demás huecos en las fachadas que traspasan la intimidad de sus habitantes y dejan a la intemperie la existencia secreta y particular de los que allí residen.

Esto sucedió desde el mismo momento en que, sentado cómodamente en el sofá, y al dirigir la vista hacia la superficie transparente que me separa del exterior, me fijé, en la figura de un hombre que estaba apoyado en la barandilla de uno de los balcones de la casa de enfrente. Dado el tiempo transcurrido desde que allí vivía, conocía perfectamente los detalles de todo aquello que existía a pocos metros de mí. Había sido testigo de la transformación de aquella arteria insignificante en el callejero de una gran ciudad, pero llena de movimiento y transformaciones continuas. El viejo edificio que tenía enfrente, una antigua corrala, ejemplo del antiguo urbanismo del barrio en los siglos pasados, fue derruida hacía ya unos años y ahora allí se erigía un moderno edificio desde el



que aquel nuevo inquilino día tras día se acoplaba sobre aquella baranda como si fuera un intruso que examinada nuestras vidas.

Al principio, tal personaje no me causó más interés que la justa, hasta que vi que se convirtió en un elemento invariable del paisaje. Todas las horas del día las pasaba allí, con una parsimonia y paciencias envidiables, mirando hacia el horizonte, fumando pitillo tras pitillo y paseando por los escasos metros cuadrados de la terraza, que a los pocos días fue ocupado también por un colchón que en las horas diurnas de la jornada permanecía apoyado en la pared.

La rutina se instaló, no solo en mi vida, sino también en la de aquel hombre. Pronto, su silueta apoyada en la barandilla se volvió tan familiar como el chirrido de la persiana del vecino de abajo o el aroma a café que escapaba de la panadería de la esquina. Era como si el destino hubiera decidido asignarnos a ambos el papel de observadores, cada uno desde su atalaya. Al principio, mi curiosidad se limitaba a intentar adivinar su edad, su profesión o el motivo de su perpetua presencia. ¿Era un jubilado solitario? ¿Un artista buscando inspiración? ¿O quizás alguien que, como yo, había sido golpeado por la vida y encontraba en la contemplación un refugio?

Con el tiempo, empecé a notar los pequeños detalles. La forma en que encendía cada cigarrillo con un gesto metódico, casi ritual. El embelesamiento con que, durante horas, se entretenía mirando el móvil o echando un vistazo a algún periódico o a un libro. La mirada perdida en el horizonte, que a veces se tensaba, como si persiguiera algo invisible en la distancia. El colchón, su fiel compañero diurno, parecía el único testigo de sus noches, misterioso y silencioso. Me preguntaba si dormiría allí, a la intemperie, bajo las estrellas o la luz de la luna, o si simplemente lo usaba para sus siestas vespertinas, ajeno al bullicio de la calle.

Un día particularmente caluroso, de esos en que el asfalto parece derretirse y el aire vibra con el calor, yo estaba, como de costumbre, en mi balcón, buscando una brisa inexistente. Él también estaba allí, apoyado, fumando. Nuestros ojos se cruzaron por un instante. Fue fugaz, apenas un pestañeo, pero en ese breve contacto sentí una conexión extraña. No había hostilidad, ni curiosidad intrusiva, solo un reconocimiento tácito de nuestra mutua existencia. Un silencio se instaló entre nosotros, un silencio cómodo, casi como el de dos viejos amigos que no necesitan palabras para comunicarse.

A partir de ese día, el cruce de miradas se hizo más frecuente, incluso llegamos a saludarnos de manera instintiva. Un asentimiento ligero con la cabeza, una sonrisa apenas esbozada. Sin palabras, sin invadir el espacio del otro, se gestaba una especie de entendimiento. Él era mi espejo, reflejando quizás la monotonía de mi propia existencia, pero también, de alguna manera, validándola. Supe entonces que no estaba solo en mi costumbre de observar el mundo; había alguien más, al otro lado de la calle, que compartía esa misma quietud, esa misma melancolía quizás.

Hasta que un día, la rutina se rompió. Era una mañana de principios de otoño, con el aire fresco y el cielo despejado. Salí a mi balcón, como siempre, y el espacio de enfrente estaba vacío. El colchón no estaba apoyado en la pared. La barandilla, habitualmente ocupada por su silueta, se erigía solitaria. El hombre se había ido.

Al principio, pensé que era solo una ausencia temporal. Quizás había salido a hacer un recado, o tal vez se había tomado unos días de descanso. La esperanza de verlo reaparecer me mantuvo pegado a la ventana, escudriñando el balcón de enfrente con una intensidad que nunca antes había sentido. Cada coche que se detenía, cada persona que entraba al portal me hacía contener el aliento. Pero los días pasaban y el balcón permaneció desoladoramente vacío.

La ausencia de su figura dejó un vacío palpable en mi propia rutina. Mi primer impulso, cada vez que volvía a casa, desde el trabajo o tras cualquier otra actividad realizada en mi vida normal, consistía en fijarme en aquella ventana que parecía observarme con frialdad impasible. Le faltaba algo a mi paisaje, a mi vida de observador. La quietud que antes compartíamos, esa melancolía tácita, se había transformado en una inquietud que me carcomía. ¿Qué le habría pasado? ¿Se habría mudado? ¿O algo más grave? La imaginación, siempre lista para jugar malas pasadas, comenzó a tejer escenarios sombríos.

No tardé en darme cuenta de que mi curiosidad había trascendido la mera observación. El hombre del balcón se había convertido en una presencia silenciosa en mi vida, y su desaparición me afectaba más de lo que jamás hubiera imaginado. Decidí que no podía quedarme de brazos cruzados. Había vivido mi existencia en la periferia de las vidas de otros, pero esta vez, sentía la necesidad de cruzar el umbral. Parecía como si aquel hombre que me acompañó du-



rante un tiempo se hubiera convertido en mi sombra y, de pronto, me hubiera convertido en un ser incompleto.

Un día, armándome de un valor que no sabía que poseía, bajé a la calle y me dirigí hacia el edificio de enfrente. El corazón me latía con fuerza contra las costillas mientras me acercaba al portal. No sabía qué iba a decir, ni qué esperaba encontrar. ¿Acaso me atrevería a preguntar por él? ¿Sería demasiado intrusivo? La duda me asaltó, pero la necesidad de saber era más fuerte.

Mientras merodeaba en la entrada del edificio, dudando en qué hacer, me percaté de la existencia de un pequeño papel que sobresalía de un buzón que bien podría corresponder con el apartamento que habitaba el desconocido, por cuanto que en su letrero figuraba un piso, que, por su altura, bien pudiera ser el suyo. Tal vez con una demasiada imprudencia, pero con el necesario sigilo y sin que nadie me viera, tiré de aquella nota que decía: “si necesitas saber más de mí, solo tienes que acudir a la siguiente dirección”.

A pesar de la sorpresa y de lo inexplicable de la situación, el descubrimiento del papel me produjo una mezcla de alivio y una ansiedad renovada. Era como si el hombre del balcón, incluso en su ausencia, continuara con su papel de misterio, dejándome una nueva pista en su particular juego. La dirección, escrita con una caligrafía pulcra y elegante, era de un barrio que yo apenas frecuentaba, en la zona más moderna de la ciudad que yo nunca había visitado. Guardé la nota con el temblor de quien esconde un tesoro y me apresuré de vuelta a mi casa.

Las horas siguientes fueron un torbellino de especulaciones. ¿Qué significaba esa nota? ¿Era una invitación, una advertencia? ¿Y por qué a mí? ¿Acaso él también me había estado observando, reconociendo nuestra extraña conexión silenciosa? La idea de que mi anonimato como observador había sido percibido me resultaba, a la vez, inquietante y extrañamente halagadora.

No pude dormir esa noche. La imagen del papel con la dirección danzaba en mi mente, impidiéndome conciliar el sueño. Al amanecer, ya había tomado una decisión. No podía ignorar aquello. Había algo en esa situación que me empujaba a ir más allá de mi zona de confort, a salir de la rutina monótona que había definido mi vida durante tanto tiempo. Esta era una oportunidad, quizá la única, de desentrañar el misterio del hombre del balcón, y, con ello, quizás, el de mi propia existencia.

Aproveché el fin de semana para hacer mis indagaciones. Me vestí con ropa cómoda, sintiendo una extraña mezcla de nerviosismo y expectación. El viaje en transporte público me pareció interminable hasta llegar a aquel lugar de la periferia. De pronto, el barrio al que me dirigía era un contraste total con el mío; edificios de cristal y acero se alzaban hacia el cielo, flanqueados por cafeterías modernas y tiendas de diseño. Las aceras se elevaban hacia el infinito, mostrando un camino sin fin que se diluía entre nubes y formas etéreas. Me sentía un extraño en ese entorno pulcro y acelerado, tan diferente al que yo conocía.

Finalmente, encontré la dirección. Era un edificio alto, de aspecto sobrio y elegante, sin ningún indicio de lo que podría encontrar dentro. Mi corazón se aceleró mientras entraba al vestíbulo. Un conserje con uniforme impoluto me miró con curiosidad. Balbuceé el número de apartamento que figuraba en la nota y, para mi sorpresa, el conserje simplemente asintió y me indicó el ascensor, como si mi llegada fuera algo esperado.

Al llegar a la planta indicada, la puerta del apartamento estaba entreabierta, quizá por el aviso previo del portero. Dudé por un momento, influido por la prudencia que ese momento luchaba contra la insaciable curiosidad. Pero la necesidad de saber era demasiado grande. Empujé suavemente la puerta y entré. El apartamento era luminoso y espacioso, con una decoración minimalista y obras de arte contemporáneo en las paredes. Me sentí desubicado en aquel ambiente tan diferente al mío. Recorrí con la mirada la estancia hasta que, en el salón, junto a una gran ventana que ofrecía una vista impresionante de la ciudad, lo vi. Sentado en una butaca de diseño, con la mirada perdida en el horizonte, estaba él. El hombre del balcón.

No fumaba, pero su postura era la misma, una quietud casi escultural. Al escuchar mis pasos, giró la cabeza lentamente. Sus ojos, los mismos que se habían cruzado con los míos a la distancia, me miraron con una expresión que no pude descifrar. No había sorpresa, ni enfado, solo una especie de cansancio sereno.

—Sabía que vendrías —dijo con una voz suave, apenas un murmullo.

Su voz era más joven de lo que había imaginado, con un deje de melancolía que me resultó extrañamente familiar, a pesar de no haberla oído nunca. Se incorporó lentamente y me hizo un gesto para que me sentara en el sofá frente a él.

—Gracias por haber venido. Supongo que tienes muchas preguntas qué hacerme.

Me senté en el sofá, aún aturdido por la situación. La incredulidad luchaba con una extraña sensación de familiaridad. Era como si finalmente estuviera frente a un personaje de un sueño recurrente. Él me miraba con una calma desconcertante, como si la escena fuera parte de un guion largamente ensayado.

—No sé por dónde empezar —logré decir con un hilo de voz que apenas me salía.

Él sonrió, una sonrisa triste que no llegaba a sus ojos.

—Por el principio, supongo. Mi nombre es Gabriel. Y sí, te he estado observando tanto como tú a mí.

La confesión me tomó por sorpresa. La idea de que mi papel de observador había sido recíproco era, en cierto modo, liberadora. No era yo el único "raro" que pasaba horas en el balcón, perdido en la contemplación de la vida ajena.

—¿Por qué? —pregunté directamente, sintiendo una punzada de impaciencia.

Gabriel suspiró, su mirada se perdió un momento en el vasto horizonte de la ciudad.

—Vivía en aquel piso porque necesitaba un lugar de transición. Una especie de burbuja donde el tiempo se moviera despacio. Mi vida, antes de eso, era un caos. Un trabajo absorbente, una relación tóxica, el ruido constante de una ciudad que me asfixiaba. Vendí todo, lo dejé todo, y me recliné allí.

Se interrumpió, como buscando las palabras adecuadas.

—El balcón se convirtió en mi refugio. En mi terapia. Observar a la gente, sus rutinas, sus pequeñas tragedias y alegrías... me ayudaba a sentirme conectado sin la presión de la interacción. Y tú... tú eras parte de ese paisaje. Tu balcón, tus horas allí, tu propia quietud. Te vi, y en cierto modo, me vi a mí mismo. Un espejo.

La palabra "espejo" resonó en mi mente. Era la misma analogía que yo había usado.

—¿Y la nota? ¿Por qué desaparecer así? —insistí.

—Necesitaba avanzar —explicó Gabriel—. El aislamiento me había servido, pero también me estaba estancando. Encontré este lugar, este apartamento,

que es un nuevo comienzo. Un espacio para volver a conectar con el mundo, pero a mi propio ritmo. La nota... la dejé porque sabía que la encontrarías. Había percibido tu presencia, tu curiosidad silenciosa. Y sentí que te debía una explicación, un cierre. Quizás, también, una invitación.

Me miró fijamente, con una intensidad que antes no había notado.

—Vi en ti esa misma monotonía, esa misma sensación de estar atrapado en una rutina. Y pensé que quizás, solo quizás, también necesitabas un empujón. Un cambio.

El silencio se cernió sobre nosotros, pesado, pero no incómodo. La verdad de sus palabras me golpeó con fuerza. Él no solo había sido mi espejo, sino también un catalizador inesperado.

—No sé qué decir —admití, sintiendo una oleada de emociones—. Me siento... un poco ridículo por mi obsesión.

—No lo eres —contestó Gabriel, con una voz más firme—. Todos buscamos conexiones, incluso las más improbables. Y a veces, las encontramos en los lugares más inesperados, o en los silencios más profundos.

Se puso de pie y caminó hacia la ventana, contemplando la ciudad.

—Ahora que me has encontrado, ¿qué harás? ¿Volverás a tu balcón, a tu rutina? ¿O esta vez, cruzarás más umbrales?

Su pregunta quedó flotando en el aire, una invitación a la reflexión, a la acción. Me di cuenta de que la historia del hombre del balcón no había terminado con su desaparición, sino que, de hecho, acababa de empezar para mí.

Las preguntas de Gabriel resonaron en mí, no como un desafío, sino como una gentil sacudida. Tenía razón. Había pasado años siendo un mero espectador de la vida, la mía y la de los demás. La aparición de Gabriel, y ahora su explicación, habían roto ese cristal que me separaba del mundo. Miré a Gabriel, quien seguía de pie junto a la ventana, su silueta recortada contra el cielo urbano.

—No lo sé —respondí, pero esta vez, mi voz sonó más fuerte, con un matiz de determinación que no recordaba haber usado antes—. Pero ya no quiero volver a mi balcón a ser solo un observador. Creo que es hora de empezar a vivir lo que veo.

Gabriel se giró, una sonrisa genuina iluminando su rostro por primera vez. Era una sonrisa cálida, que llegaba a sus ojos.

—Me alegra oír eso —dijo—. La vida es mucho más rica cuando uno se atreve a salirse del guion.

Pasamos el resto de la tarde hablando. Gabriel me contó más sobre su pasado, sus luchas y cómo había encontrado una nueva paz en esta nueva etapa. Yo, por mi parte, le abrí mi corazón sobre mi propia monotonía, mi desilusión y cómo su presencia silenciosa había sido el único punto de interés en mi rutina. Descubrimos que, a pesar de nuestras vidas aparentemente dispares, compartíamos una sensibilidad similar, una tendencia a la reflexión y una necesidad de algo más de lo que la vida nos había ofrecido hasta entonces.

Al anochecer, cuando me preparaba para marcharme, Gabriel me detuvo.

—Hay un café aquí cerca —sugirió—. Podríamos cenar algo, si no tienes otros planes.

La invitación me tomó por sorpresa. Era el primer paso real, una acción concreta que rompía con años de aislamiento. No lo dudé.

—Me encantaría —respondí.

Los meses que siguieron fueron una revelación. Gabriel y yo nos hicimos amigos. Compartimos cenas, visitas a museos en ese nuevo mundo nuevo e imaginario al que cada vez acudía en aquel autobús al que solo yo subía, y largas conversaciones sobre todo y nada. Él me animó a disfrutar de cosas nuevas. Pequeños placeres, pero suficientes para alguien que había estado estancado por tanto tiempo en una existencia solitaria y anodina. Cuando volvía a mi barrio, lo veía con otros ojos, a charlar con los vecinos, a disfrutar de las pequeñas interacciones que antes había ignorado. Incluso me animé a reorganizar mi diminuto apartamento, dándole un aire más luminoso y personal.

Y aunque ya no pasaba horas en mi balcón observando a Gabriel, a veces me apoyaba en la barandilla, mirando hacia el balcón vacío de enfrente. Ya no sentía la punzada de la pérdida, sino una extraña gratitud. Aquel espacio, antes el escenario de mi soledad compartida, se había convertido en el recordatorio de un punto de inflexión.

El hombre del balcón, mi espejo, no solo me había mostrado mi propia imagen, sino que también me había enseñado el camino para trascenderla. Mi vida ya no era plana; ahora tenía relieve, matices y la emocionante incertidumbre de lo que el futuro podía traer. Y todo, o casi todo, había empezado con un espejo en un balcón.



## LA PRIMERA VEZ

Susana Coyette Urrutxua\*

La primera vez no suele ser nunca la primera vez.

Entendámonos...

La primera vez que oí aquel ruido, pensé que era eso. Un ruido, sin más.

Un simple ruido...

Un inofensivo ruido...

Perooooooooo. Allí comenzó todo, a partir de esa primera vez...

Noche tras noche, un inquietante susurro detrás de mi puerta comenzó, paulatinamente, a atormentarme. Al principio, pensé que era el viento; luego, que mi mente me engañaba. Una noche, harta, abrí la puerta de golpe, pero no había nadie, solo el pasillo vacío iluminado por la luz de la luna que penetraba por las numerosas claraboyas. Sin embargo, el susurro continuó, esta vez detrás de mí. Me giré y, frente a mi cama, estaba una figura oscura, inmóvil, con ojos vacíos.

El susurro se tornó claro:

—¿Seguro que quieres verme?

Mi vida ahora es una duda total, ya que aún no he decidido la respuesta...

Peroooooo...

Nunca volví a abrir los ojos.

Nunca.

"Quien me mató y me envolvió en su velo, se desvaneció como un susurro sin eco, y nadie pudo rescatarme".

---

\*Doctorada en Filología Hispánica, después de una vida y media dedicada a la docencia y a la escritura académica, en estos momentos aborda la escritura creativa: microrrelatos, poemas en prosa, poemas de estructura libérrima, guiones teatrales breves, reflexiones personalísimas...



## LA TABERNA DE AQUERONTE

Benito García\*

Aquel tugurio olía a rancio.

Sentado frente a una copa tan poco agradable como el aroma a tabaco barato que la exigua ventilación amontonaba sobre los escasos clientes, rascaba indolente el barniz de la mesa sin prestar mucha atención a los gorgoritos y contoneos de la cantante, quien con poca ropa y más escaso arte intentaba atraer nuestra atención hacia el escenario donde los focos obviaban a nuestra mirada las cicatrices que los años y hombres de una sola noche habían cincelado en su rostro.

El local había dejado muy atrás sus mejores noches. Una retahíla de fotos enmarcadas en la pared junto a la barra pretendía dar fe de la ilustre categoría antaño ostentada: desde viejas instantáneas en color sepia de políticos, intelectuales y artistas con rostros casi indescifrables por el poso del humo de tabaco y el paso del tiempo por la memoria de los presentes, hasta algunas más recientes, en color, de algún que otro famosillo, célebre por hazañas de edredón y plató, de exiguo recuerdo.

---

\* Me llamo **Benito García**. Recuerdo haber escrito desde los 10 años. Como buen emeritense, medio romano, vivo con un pie en la cultura clásica, que irremediablemente asoma siempre que cojo un lápiz o un teclado, entretejido con todo lo que mis eclécticas lecturas han ido dejando escondido en mi memoria.



Allí sentado, a diez peldaños de profundidad bajo la calle, contemplaba la grotesca colección de parroquianos que ilustraban aquella velada: almas esperando mustias, apáticas, la moneda que les franquease el camino hacia el tártaro. Con las cabezas hundidas entre los hombros, alzándose esporádicamente tan solo para volcar más licor en sus gargantas.

La mujer que destrozaba nuestros tímpanos desde el escenario era la propietaria de aquel antro. Una actuación y una artista rebosante de anacronismo, extraída de una vieja película de archivo, o de una de esas vitrinas del museo, que reproducen con dioramas escenas cotidianas de otras épocas. Evidente exageración, aunque un frío cosquilleo recorría mi espalda al imaginarla a ella y a todos aquellos parroquianos dispersándose sus carnes como polvo llevado por el viento cada noche al cerrarse las puertas de aquel infame lugar.

En la barra, una morena con expresión de hastío fumaba su cigarrillo con desgana, procurando que su acompañante, un fulano en el más estricto sentido de la palabra, con bigote fino y patillas afiladas, no se percatara del gesto. Al reparar en mi aparente interés, le indicó con un gesto autoritario a la chica que se acercara a mi mesa. Ella apagó el cigarrillo, se colocó el vestido apresuradamente al bajarse del taburete, se acercó hasta mi mesa, y sentándose a mi lado me susurró al oído:

— Llevas mucho tiempo aquí, solo y aburrido como yo. La verdad es que ya estoy un poco harta de este sitio. Tengo una habitación muy cerca de aquí, y seguro que tú y yo encontraríamos algo más divertido que hacer juntos, mucho mejor que aguantar a esa vieja gallina ¿Quieres venirte conmigo? Te llevaré hasta el paraíso.

Apenas alcé mis ojos hacia su cara cansada. Quizás si no hubiera visto antes ese gesto de desdén le hubiese dicho que sí, atraído por el cuerpo que se adivinaba bajo su vestido, raído ya de lentejuelas, duro y fibroso, por una piel que bajo la línea de su falda prometía un tacto suave, por ese rostro enmarcado por una media melena de cabello negro y fino, por esa boca carnosa de labios rojos, y esos ojos oscuros y almendrados, que me invitaban a perderme.

—No podrías pagarlo — le espeté, mientras apuraba de un sorbo de mi copa. Y antes de que hubiera podido encajar el rechazo, salí de allí sin mirar atrás, aguijoneado por una vaga sensación de que algo se me estaba pasando por alto.

La calle me recibió con una bofetada de humedad y frescor; típico de las noches de otoño. Hundí la cabeza entre las solapas de mi abrigo, y me lancé calle abajo sobre los adoquines de aquel barrio viejo, sin mucha prisa por llegar a ninguna parte.

A aquellas horas de la madrugada la luz moría contra las paredes desconchadas de los callejones. Las minúsculas aceras donde reposaban papeles, bolsas de basura y borrachos no invitaban a ser ocupadas, por lo que prefería caminar sobre los adoquines. No era un lugar recomendable que frecuentar, ni por lo descuidado, ni por las malas compañías que solía haber en aquellas calles; aunque como a tantas cosas, los nuevos tiempos también se habían llevado por delante a muchos de aquellos rufianes y buscavidas de medio pelo y navaja fácil. Como el que ofendido por la respuesta que le había dado a la chica que chuleaba, me seguía a cierta distancia desde que abandoné aquella astrosa taberna. Aparenté no haberme percatado y seguí caminando, con la aparente despreocupación que el alcohol barato procura.

Doblé la esquina, tres calles después, y cuando encontré un portal adecuado, me agazapé con celeridad en el dintel. Escuché acercarse los pasos de mi perseguidor hasta que al llegar a mi altura me abalancé violentamente sobre él propinándole un puñetazo en la boca del estómago que lo dejó sin respiración. Aproveché su instante de dolor y apnea para golpearle con fuerza detrás de la oreja, hasta dejarlo inconsciente y poder registrarlo con cierta calma: una navaja automática de cachas negras, un fajo de billetes pequeños y las llaves de alguna oscura madriguera donde aquella comadreja se guarecía de la luz del sol. Estaba ocupado con tan poca ortodoxa manipulación cuando escuché sus tacones sobre los adoquines. Se detuvo a unos metros, con un respingo, y entonces me miró con aquella mirada desvalida y sorprendida que otra vez, igual que muchos años atrás, me atravesó como un cuchillo helado. Sin darle tiempo a decidir si gritar o aporrearle, arrojé la navaja a través de la alcantarilla que se abría frente al portal, y sin mediar palabra le puse el fajo de billetes en la mano, antes de que pudiera reaccionar. En ese instante una moneda cayó del fajo de billetes al suelo. La recogí y antes de que pudiera ofrecérsela, ella se apresuró a alejarse sin mirar atrás. No me atreví a mirarla, no después de aquel abrupto regreso a un pasado ya olvidado, así que guardé la moneda en mi bolsillo y me largué de allí.



## PARCELAS EN LA ARENA

Tina de Luis\*

Estamos en una época del año propicia para hablar de playa. Ese lugar ansiado, en el que tanta gente se reúne y en el que bulle un sinfín de historias. Al mencionarlo, tal vez nuestras mentes vuelen hasta playas paradisíacas —estilo Caribe—, inmaculadas, solitarias, de arenas blancas y aguas cristalinas. Pero no me referiré a esas, sino a las cercanas, a las que conforman nuestras zonas costeras, y en el verano. El bullicio se aposenta en ellas, eufórico, ilusionado, prometiéndose unas vacaciones de cuento con final dichoso. El gentío las asalta para hacer suyo, por unas horas, un pedacito de terreno en el que consumir anhelos, recargar neuronas o reflotar naufragios; personas de distinta edad, condición y procedencia, muy próximas en el terreno y tan distantes entre sí.

Para escribir no hay mejor práctica que la observación y en eso mismo ando yo ahora, sin afán de cotilleo ni de intromisión en la intimidad ajena, solo con el

---

\* **Tina de Luis** ha compaginado la enseñanza con su pasión por la escritura. Además de colaborar con poemas, cuentos y relatos en diversas páginas y publicaciones, tiene editadas diez novelas: infantiles, juveniles y para adultos.

único objetivo de documentar este texto desde un enfoque cultural, costumbrista y desenfadado. Cualquier situación que imaginemos la encontramos en la playa, pues no deja de ser, al fin y al cabo, una muestra a pequeña escala de la sociedad en general. Basta con darse un paseo a lo largo de la arena para recoger, incluso sin buscarlas, sensaciones, actitudes, emociones, poses... y, ¿por qué no?, corazonadas. En mi *tourné* por este pequeño cosmos, me encuentro grupos en los que todos hablan sin parar y a veces al mismo tiempo, grupos que no cruzan palabra; personas que disfrutan en solitario del sol, del agua y de la tranquilidad, impermeables al barullo; abuelos con sus nietos, construyendo fosos y castillos o buscando cangrejos entre las rocas; a la ancianita o ancianito que, sumisos y del brazo de algún hijo, se aventuran a remojarse los tobillos. Los más competitivos, surfean, juegan a las cartas, con las palas... Con estos últimos, cuidadito, pues las pelotitas sobrevuelan las cabezas. Llama mi atención una pareja que se despide en el filo de las olas, entre abrazos y besos apasionados, lamentando ponerle fin a un adiós, que... nunca llega. Por tan intensa despedida, se diría que él está a punto de iniciar la vuelta al mundo, recorriendo el ancho mar, aunque solo pretenda darse un baño. Ella, apenada, retorna a la toalla contoneando las caderas e imaginando tras de sí la mirada imantada de su amado. Sin embargo, él ya está nadando. Más allá, un hombre arrastra su pena y su toalla por la arena. Camina con lentitud, sin rumbo fijo. Los ojos perdidos en el horizonte, pero la mirada vuelta hacia dentro, hacia un interior vaciado por el oleaje intempestivo de su vida. De cuando en cuando, algún que otro *pibonazo* escultural atraviesa la arena con señorío, tanteando de reojo si todas las miradas convergen en su figura. Selfis, muchos selfis con el mar de fondo; en su mayoría destinados a las redes, a los amigos o a esos novios ausentes sin los que no se puede vivir. Casi tropiezo con una chica tostándose al sol, como si fuera un cangrejo bien colorado, en la parrilla. Los auriculares, la música siempre están presentes, lo que es de alabar por ser un arte y porque anima, excepto cuando fluye de esos altavoces chillones que expanden el sonido a los cuatro vientos y te perforan los oídos; por ejemplo, con el reguetón y sus letras “cándidas y virtuosas”, que los más “anticuados” no entendemos. ¿Se concibe alguna playa sin su chiringuito, sus cañitas bien frescas y sus tapas? Pues pregunten al *bon vivant* (y a muchos más). No es preciso consultar a quienes van con sus enormes neveras, rebosantes de bebi-

das y vituallas. Paso por delante de una familia en el mismo momento en que despliegan una pequeña mesa y comienzan a llenarla de latas, botellas, patatas fritas, panchitos, sándwiches, incluso colocan en el centro una succulenta tortilla de patata, con longaniza. Provocación total, te entran unas ganas locas de acercarte al improvisado mostrador y pedir una consumición.

En este ambiente vacacional, tempranear es toda una hazaña para quienes se acuestan cuando canta el gallo. Conste que no todos se acuestan el mismo día de levantarse, sino al siguiente. Ayer, sin ir más lejos, bajé a la playa antes de las siete de la mañana para darme el capricho de contemplar el amanecer. Qué delicia de silencio, de relax, de frescura. Mas no estaba sola: una máquina limpiaba y removía la arena, una media docena de personas paseaba, una fotógrafa montaba su trípode para una sesión fotográfica del alba y... cinco jovencitos, de entre diecisiete y veinte años, remataban su juerga nocturna con un buen chapuzón; los tres chicos, en calzoncillos, las dos chicas, con sus atuendos de noche. Gozaban de lo lindo, ¡dichosa juventud! Pues bien, aparte de ciclistas, corredores, los que pasean al perro, la fotógrafa, los bañistas espontáneos y una servidora, entre otros, ¿quiénes son los más madrugadores? Pues... los auténticos moradores de las playas (de momento no pernoctan en ellas, pero... démosles tiempo). Los custodios de las reinas de la playa; es decir, de las sombrillas, con su inmenso colorido que destella bajo el sol. Las hay rojas, verdes, azules, amarillas, de cuadros, rayas, rombos, lunares, de estampados y geometrías imposibles. Estos moradores o custodios, por llevar la contraria a Don Quijote, se olvidan de la equidad y defienden los ideales en su propio beneficio. Equipan su carromato con todos sus implementos y, sombrilla en ristre, se lanzan a la conquista del este, del «este trozo de terreno es mío». A las ocho de la mañana, o ¡¡¡antes!!!, desembarcan en la arena, clavan su estandarte de "aquí estoy yo y esta plaza está tomada" y plantan sus parasoles en primera línea. Lo de plantar va más allá de una metáfora, pues cuentan de casos que, al ir a retirar los bártulos, bien agostada la tarde, sudan la gota gorda para arrancar las raíces, arraigadas en lo más profundo de la arena. Como la normativa no permite abandonar los enseres en la playa y marcharse a casa, los más considerados se asocian y se turnan para custodiar sillas y sombrillas, las propias y las de otros quince o veinte más. Me pregunto cada día: «¿Por qué se ponen tan cerca del agua?» Y me respondo: «Porque allí están frescos,

y... para evitar que otros más frescos aún lleguen y se les planten delante. Espero, al menos, que este hábito, al que no pondré adjetivo, no trascienda a cualquier otro aspecto de sus vidas.

He reservado para el final de este resumen, el elemento más gratificante y grandioso para mí: la lectura. Con frecuencia hemos oído: «¡Qué felicidad la playa, el sol y un buen libro entre las manos!». A la vista de los resultados de mi humilde indagación, deduzco que dicha frase viene a ser una sinécdoque en la que “playa” alude al lugar de veraneo en su conjunto. Zigzagueo entre la gente en busca de lectores. Como no podía ser de otra manera en estos tiempos, los que abundan en las manos son los móviles. Tal vez algunos se usen con fines literarios (mucho me temo que no). Algunos se distraen con revistas, sopas de letras, crucigramas... No tardo en localizar lectores de libros electrónicos, y no pocos; me complace. Pese a ello, flojea mi entusiasmo, pues esperaba otra cosa: los libros en papel. Casi a punto de tirar la toalla, diviso a un señor, cercano a los noventa años, con un libro impreso, ¡aleluya! Más allá, una pareja joven, saborea sus novelas. Algo después, distingo a cuatro mujeres, bien curtidas, ensimismadas en sus lecturas. Otras por aquí, otros por allá... fueron elevando mi deleite. No había tantos lectores como deseaba, pero sí más de los que suponía. Luché contra la tentación de preguntarles qué leían. Me abstuve, eso sí hubiera sido invadir su intimidad. Satisfecha, di por concluida mi experiencia y opté por un buen baño. Lo que me empapó fue una inesperada y brusca ducha con el agua de un cubo de plástico. Un pequeñín, muy salado él, me había confundido con su madre.

Si todavía no lo han hecho, disfruten de la playa, aún están a tiempo. Si fuera otro el caso, no decaigan, siempre llegará otro verano.



## LUZ OVALADA

Robertti Gamarra\*

El desmayo le sobrevino al salir del ascensor. Ahí iba ella; ¡ay, Dios! Y el suelo se movió bajo sus pies. Por una infeliz casualidad, el mármol no ofreció agarre a sus afilados tacones. Quién lo diría, Elena, la siempre precavida, tropezando así. Cayó de lado, lo cual la libró de un hematoma en la frente. Aunque, esa punzada en la sien, ¿de dónde viene?

Frente a ella, las luces del ascensor. ¿Y las piernas? Mejor ni pensar. Elena jamás salía de casa sin la lencería adecuada. ¿Imaginas caerte en la calle y que te vean con las bragas sucias? ¡Qué impresión daría, por Dios!

Se decidió por una falda roja para la cita. La primera en años. Y porque Marcos me empuja; si no, no me suscribo a una aplicación de citas. Pero cinco años sin una mano en su piel, entiéndanme. Un día abordó a su marido: esto no puede seguir así, algo se interpone entre ellos y debían solucionarlo.

—Estoy a gusto así —aseveró Marcos—. Todo está perfecto.

No tenemos hijos, casi somos libres, remató él, con una sonrisa indescifrable. Y ella: algo pasa, ¿el qué? No lo sé. No pudo resistirse a las conjeturas.

Elena se veía resplandeciente con esa falda. Se concedió una última mirada de aprobación en el espejo y se marchó, embriagada con la elegancia de sus cincuenta y seis años. El rojo me sienta bien.

Y ahí la tienes ahora, desplomada en el suelo, Dios sabe cómo.

—Si algún día me muero —pensó, sin ilusión aparente—, iré directa al cielo.

Una mujer como ella, consagrada a la vida con modélica rectitud, tenía el paraíso ganado.

Le pesan los párpados. Oye pasos acercándose, voces confusas que flotan como fantasmas. Un roce frío en el cuello. Alguien la palpa, profesional y distante

—¡No la muevan!

¿Por qué no? Necesitaba volver al ascensor. Lo veía allí, tan cerca. Quizá estas buenas personas la ayuden a volver sobre sus pasos sin cuestionarla. No

---

\* **Robertti Gamarra** es un autor hispano paraguayo residente en Madrid desde hace más de 35 años, cuyas obra, con fuerte raíz latinoamericana, abarca ocho novelas y un ensayo. Entre ellas, destacamos *El abrevadero de las bestias* (2014) y *Secreta voluntad de morir* (2025).



debía explicaciones a nadie. En todo caso, un resumen: que ya se iba, abandonando su cita. Porque fue así, ¿no? Se iba, desistía. Naturalmente, guapa. Te pesó la culpa. Tú no eres tu marido. Pues, no. Corría el rumor de que Marcos llevaba traicionándola con Nerea desde hacía años. Treinta y ocho años de fidelidad quedaron empañados. Nerea, su amiga del alma... ¡Putá! Ni siquiera la amistad de infancia alcanzaba para el perdón.

Alma doliente, Elena decidió desquitarse; organizó un encuentro casual en el lujoso Eurostars Arenas de Pinto. Estaba a punto de entrar, pero un escalofrío la frenó, como si algo le advirtiera que no debía seguir adelante. Vaciló unos segundos; su mano tembló sobre la manija. ¿Entra? ¿Huye? Demasiado tarde, ya estaba allí. Pasó la tarjeta, la puerta de la habitación 114 se abrió, sintió un golpe en la sien izquierda y el mundo se apagó.

Qué extraño. ¿No estaba saliendo del ascensor?

Sí, te caíste justo al salir. Pero el pinchazo..., en la habitación. ¿Cómo llegó hasta ahí?

Elena, céntrate. Te has caído, estás aturdida.

—¡Doctora, aún respira! —oyó que decían.

—¿Qué ha pasado?

¡Qué va a ser!, me caí al salir del ascensor.

—¿Y esto?

Ah, ¿la sien? Nada. Un golpe, un dolor.

—La han golpeado con el extintor del pasillo —sentenció alguien.

—¿Se sabe quién?

Silencio.

—El marido se entregó en comisaría. Por eso llegamos tan rápido.

Elena parpadea.

¿Su marido? No puede ser.

Venga, levántenla, ella podrá explicarlo todo. ¿Qué tiene que ver Marcos en todo esto?

Otra vez le viene lo de la muerte. Si muere, va directa al cielo. Y si la ayudan, hasta llega antes. Qué suerte. Al menos aún queda gente buena en el mundo. Siente cómo la levantan y la acercan a la luz ovalada. La puerta del ascensor. ¿Qué más podía ser? La conducen suavemente. Si muere, va al cielo. Lo acepta. Entra en la luz. Allí no la espera el cielo. Solo... nada.

**DOS ESCALONES REDONDOS**

Juaco (Joaquín Miñarro)\*

Dos escalones, redondos. Una manta enrollada y otra tendida. Los pies, descalzos; los brazos y las manos, en el regazo. No se ve el rostro, solo se intuye; el color de la piel y ese hueco en la pared con rejas en forma de rombos. Esa foto es lo último que tenemos de ti.

¡Si es que eras tú!

Quizá no te acuerdes. En realidad no sé si puedes recordar y, ni siquiera, si quieres. Cuando desapareciste, lo hiciste como todo en tu vida: sin dar explicaciones.

No te importaba nada, y si te importaba, disimulabas muy bien. Dejaste todo... y a todos.

No, no te creas que alguien te echó de menos. Sería aceptar que eras imprescindible.

Cuentan que...

La gente intentaba evitar bajar esas escaleras, pero era difícil, no había otro sitio ¡Maldito escalón! Un perrillo se acercó, husmeó el cuerpo tendido y salió corriendo. Pasó entre las piernas de los transeúntes, algunos de los cuales, asustados, casi tropiezan y caen. Otros, sin embargo, intentaron cogerlo y alguno que otro, le lanzó un puntapié.

Pero ¿a dónde se dirigía el perrillo? A él no parecía importarle el peligro. Por fin la encontró. Ella le cogió entre sus brazos. Mientras el perrillo jadeaba, sacaba su lengüita y daba unos ladridos, que eran más quejidos que otra cosa. Nervioso y sin parar de moverse, se zafó de sus brazos; desde el suelo, con unos ladridos más contundentes, le indicó que le siguiera.

Nerviosa, pasaba entre la gente que se la quedaba mirando mientras seguía a Golfo; no le gustaba que le llamaran golfillo, era ya un perro adulto. Las ropas de ella, viejas y usadas. Se notaba. Pero... iba limpia y el pelo, recogido.

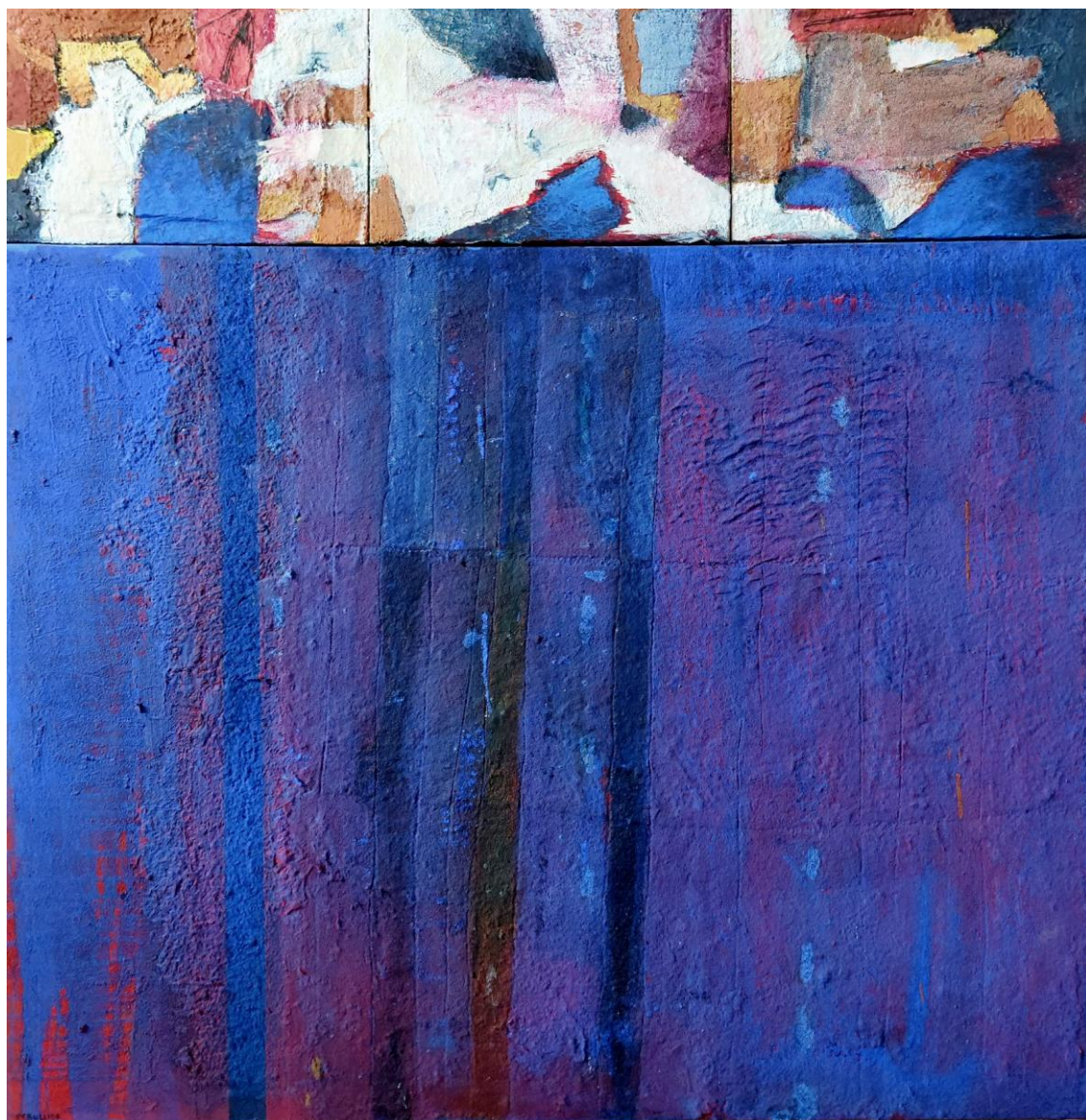
Agachada le miró, sus lágrimas cayeron sobre el rostro de él. El perrillo le olisqueó.

¡Coorten! No te puedes reír ni restregarte la cara. ¡Estás muerto!

¡Otra toma! ¡Y van...!

---

\* Joaquín Miñarro es artista plástico, poeta y escritor.



## EL FESTÍN DEL REY

J. R. G.\*

Los oídos de Anthalos zumbaban con el eco de las cien mil gargantas que llenaban el ágora con sus eufóricas voces. El coro atronador, fruto del éxtasis que una ocasión como aquella provocaba en la población de la capital imperial, amenazaba con derrumbar los muros y las columnas que formaban los límites del foro con su terrible vibrato. Ciudadanos de todas las partes del Imperio habían acudido a la ciudad a tomar parte del más sagrado de los días: el Festín

---

\* J.R.G. es un autor madrileño de novelas de misterio inspirado por la tradición del *noir* y la energía vibrante de las revistas *pulp*. Escribe misterio con aroma a humo y calle mojada, donde cada página puede ser una emboscada.

del Rey. Un acto tan divino como generoso. El Festín del Rey había sido una tradición mantenida viva gracias a la buena voluntad de todos los grandes Jerarcas que, como su padre y el padre de su padre antes que él, ahora era Anthalos II el que tenía el honor de continuar. A unos metros de la muchedumbre, sobre un escenario ovalado que albergaba nada más que un sencillo pero elegante altar de plata, Anthalos se bañaba en los vítores que sus súbditos le dedicaban desde cada rincón del ágora. Espacio donde el Festín había tenido lugar de forma casi ininterrumpida durante los últimos seis siglos.

Aún recordaba la última celebración de tan sagrado evento. Fue su padre el que dio el banquete, como así lo hizo su abuelo, su bisabuelo y cada Jerarca que le precedió. A sus jóvenes e inocentes ojos, había sido una imagen aterradora. Su madre y él lo presenciaron desde el balcón del Palacio Imperial. Miles y miles de personas se congregaron en aquella misma plaza para recibir el banquete. Una cacofonía apoteósica formada por un sinfín de voces que, de alguna forma, armonizaban para formar una misma ininteligible canción. Una canción que era tan aterradora como era celestial. El pequeño Anthalos, abrumado por la sobreestimulación de sus sentidos, se agarró a la cintura de su madre llorando de miedo. Su madre, la gran Andara, era la Jerarca consorte y la mujer más fuerte que había conocido Anthalos. Se portaba con la rectitud y elegancia de una estatua, pero su firmeza era superior. Andara acarició la cabeza de su hijo con una mano y, con la otra, le levantó la barbilla hasta que los ojos del pequeño se alinearon con los suyos. Le limpió las lágrimas y, con una sonrisa, le dijo: «No temas, tu padre los está bendiciendo. Y ellos le están devolviendo la honra». Aquello consoló al príncipe y le hizo más fácil ser testigo de la ceremonia. No obstante, una cosa era presenciarlo y otra muy diferente era conducirlo. Su madre le dijo que no debía preocuparse pues, cuando fuera mayor y le tocara a él, no se sentiría tan pequeñito, pues, desde abajo, las cosas se veían diferentes. Tenía razón, otra vez. Desde abajo, se veía diferente. Anthalos no estaba seguro de si para mejor o no, pero era cierto que era una experiencia distinta. A pesar de ello, no sintió miedo, pero sí ansiedad.

El público había pasado de la euforia a la exaltación y el coro se había vuelto ensordecedor. Cien mil almas anhelando, y tan solo una con el poder de calmar aquel anhelo. Anthalos alargó su brazo derecho y lo acercó al gentío, que trataron de alcanzarlo con desesperación. Su mano se acercó a ellos y mil se alza-

ron buscando su tacto. Estaba en un escenario, pero se sentía diminuto. El contraste de su individualidad en contraposición a la inmensurable masa de personas allí presentes suponía una lección en humildad que su posición como Jerarca rara vez proporcionaba. Anthalos se regocijó con las implacables olas de adoración que emanaban de su pueblo. Estaban ansiosos con recibir el Festín. Por supuesto, el Festín no estaba dispuesto para saciar el hambre de la población. Eso sería imposible. El acto era un símbolo, una bendición dirigida a para satisfacer el alma del pueblo, no su estómago. Este hecho no lo hacía menos especial, pues, como había sido testigo el ágora en la que se encontraban, la idea de estar presente para la ceremonia era lo suficientemente alentadora como para atraer a peregrinos de todas las esquinas del mapa.

Treinta años habían pasado desde el último Festín y, como la última vez, la Jerarca consorte y los príncipes contemplaban la ceremonia desde el balcón del Palacio Imperial. Anthalos levantó la mirada y se encontró con la de su primogénita, la princesa Anna. La niña, que no había cumplido aún los 10 años, lo observaba con la misma mirada asustada con la que él contemplo a su padre, diminuto y sobre el escenario, a varios metros por debajo de él. Le sonrió, indicándole que no había nada que temer, pues el día llegaría en el que ella, al igual que su padre, tendría el honor de conducir la ceremonia.

Así pues y sin más dilación, el Jerarca Anthalos II, protector del Imperio y cabeza de la Ecclesiarquía, ofrecería el Festín a su pueblo. Dio la espalda a la multitud, que incrementó la intensidad de su canto de forma equivalente a la creciente expectación. El altar se encontraba frente a él. Un rectángulo de plata sin decoraciones ni remaches. Su aplastante sencillez otorgaba un punto más de vulnerabilidad al papel que estaba a punto de jugar en él. Anthalos se quitó la toga, quedando desnudo frente a todos los presentes. Acto seguido, pasó una mano por la superficie del altar. Estaba frío. Determinado, escaló el metro de altura del altar y se tumbó sobre él. Yaciendo allí, el cielo se abría sobre él, en un azul homogéneo únicamente interrumpido por las escasas y esparcidas nubes que guardarían testimonio del ritual. Los primeros peregrinos comenzaron a subir al escenario, algunos portaban cuchillos, otros portaban cuencos. El Festín había comenzado.





## HOMENAJE AL ESCRITOR DESCONOCIDO

Felipe Díaz Pardo

A pesar de llevar inmerso en este mundo de la creación literaria muchos años, uno sigue siendo un escritor desconocido, como, quizá, muchos de los que lean estas líneas. Pero no ha de pensarse que esta afirmación contiene conato alguno de pesimismo o rencor. Más bien al contrario. Y menos aún si el escritor desconocido cuenta con la madurez vital que le proporcionan la edad y la autonomía económica que le concede una profesión más o menos respetable, fruto del estudio y la dedicación y cuenta, por tanto, con la libertad de no sentirse atado a géneros, modas y desplantes de unos editores que, en oca-

siones, desprecian el trabajo de quienes le proporcionan la materia prima de su empresa y en ocasiones intentan aprovecharse de las ingenuas ilusiones del autor novato.

Me sirve esta última reflexión para referirme a esa caterva de supuestas editoriales que ofrecen últimamente y de forma imaginativa sus servicios a través de miles de fórmulas, pero que, en definitiva, lo que pretenden es el que el iluso aprendiz de las letras pague la edición. Dicha técnica se presenta en sus más diversas y ocurrentes versiones cuando el autor novel o poco conocido envía manuscritos con el objetivo de publicar su obra y se ve halagado al día siguiente por esas compañías que están dispuestas a editar su libro como si de grabar estampitas de la primera comunión se tratara con el fin de repartirlas entre los amigos y familiares. En el fondo, estas empresas, que pudiéramos llamar simplemente imprentas y no de otra forma, lo único que pretenden es el beneficio económico, sin más, olvidando su necesaria función como promotores o divulgadores culturales.

El escritor que no disfruta de una mínima cobertura y divulgación de sus obras por parte de quien se las publica, para su consuelo, se siente admirado, con más o menos intensidad y aprecio, por sus más cercanos conocidos. Estos ven en él a alguien diferente, a una persona cercana que dispone de una habilidad negada a la inmensa mayoría. Pero en realidad, y eso quizá no lo tienen en cuenta, este amigo o familiar que tanto estiman no hace más que encauzar sus inquietudes, aficiones y entretenimientos por la senda de las letras, en sus más diversas manifestaciones: unas veces reflexiona sobre la práctica profesional que le da de comer; otras ensaya ejercicios literarios con la poesía, el cuento o la novela; y otras, se enfrasca en sesudas investigaciones, motivadas por el interés que aún mantiene por la materia que estudió en su juventud.

Asumido el papel que le corresponde, los efectos de los medios de comunicación tampoco afectan en gran medida al escritor, por cuanto que poco o nada se ocupan de él, a excepción de alguna reseña promocional sin apenas repercusión que, de forma mecánica y rutinaria, distribuye la empresa editorial entre las direcciones de un listado de contacto de prensa ordenado alfabéticamente en una base de datos. Si hay suerte, surge alguna entrevista, breve y telefónica, en alguna emisora de radio a la que le sobren unos minutos en un programa de horario tan intempestivo como inútil o, incluso, llegando al colmo de toda



buena fortuna, podrá ser llamado por alguna televisión de cierto prestigio, que enlata contenidos culturales para distribuirlos luego en las horas más bajas de la audiencia, o por un canal de poca monta que dedica el tema de la tertulia de ese día a algo que tiene que ver con su libro. Y ya ni hablemos de la crítica, buena o mala, de sus escritos, siempre inexistente, a no ser que provenga de un buen amigo que le reconozca alguna virtud y tenga la posibilidad de lanzarle algún piropo.

Algunos aspectos de lo dicho conlleva, asimismo, una consecuencia también importante y es la de la falta de la calidad literaria de muchos de los textos publicados hoy día, dado que las editoriales a las que antes nos referíamos no cumplen su función de filtrar la paja del grano, lo bueno de lo malo. Es evidente que esta situación perjudica a quienes consideran el trabajo literario un arte y no solo el capricho vanidoso, en un momento de su vida, de ver en letras de imprenta una historia burdamente hilvanada o unos versos, fruto de la inspiración más arbitraria y errática.

No obstante, y a pesar de todo, una convicción le queda siempre al escritor desconocido: considerarse tan bueno como otros colegas de profesión, que han conectado con gustos, temas de modas impuestos por una sociedad cambiante, superficial y mercantilista, o que han dado con la ocasión oportuna para alcanzar la fama, por muy ocasional e intrascendente que sea. Por eso, si antes una carta formal y distante de la editorial de turno rechazaba su obra le hundía en la zozobra y en el desencanto absolutos, ahora sabe que cada negativa no es más que una simple opinión más, carente de auténticas razones, en la mayoría de los casos, y un motivo más para no desmoralizarse y seguir adelante. Que no va a desanimarse en su vocación de componedor de textos, los cuales ahora más que nunca responden a su intención de expresar lo que desea expresar sin condicionantes ni ilusiones de simple principiante.

En conclusión, a pesar de no alcanzar el éxito y si se piensa en positivo, para un escritor desconocido todo son ventajas, pues puede seguir creando con la libertad que le confiere el rechazo constante de parte de ese mundo editorial que solo busca el beneficio económico a toda costa con el mínimo esfuerzo por su parte. Además de este mensaje de optimismo, sirvan estas líneas también de homenaje por una labor tan perseverante y loable, a pesar del escaso reconocimiento que se recibe.

El joven amigo y compañero Fernando Martín Pescador fleta hoy la nave de un nuevo e ilusionante proyecto literario en la esperanza de una travesía larga y feliz por las procelosas aguas de las redes sociales. Dado el reconocido empeño y talento de su capitán estoy plenamente convencido de que un viento a favor hinchará las velas con la suficiente fuerza y constancia para que este barco bautizado con el sugerente nombre de *La Torre del Ojo* atraque en puerto cada mes, como tiene previsto, para dejarnos un maravilloso cargamento de noticias, reportajes y crónicas puntuales relacionadas con la cultura y el arte. A petición del propio Fernando, yo ya estoy embarcado en el proyecto para formar parte de una tripulación que esperamos cumpla las mejores expectativas que nos animan y que vosotros, lectores, esperáis de nosotros.

Porque he vivido mucho, he viajado mucho y he leído mucho me permitirá utilizar el espacio que se me concede para comentar y recomendar mensualmente uno de tantos y tantos libros como descubrí y gocé a lo largo de mis años viajeros por el ancho mundo. Libros maravillosos, joyas literarias, que a mi entender no han sido debidamente reconocidos por el gran público. Títulos en su mayoría de la narrativa contemporánea en castellano y que, a pesar de llevar la firma de los mejores autores de nuestro tiempo pasaron desapercibidos, seguramente opacados por otros del mismo autor que alcanzarían la categoría de *best sellers*. Siempre desde mi punto de vista, proponeros su lectura será como invitados a compartir conmigo un hallazgo maravilloso.

Por supuesto “Los libros de mi vida” son en su mayoría, si no en su totalidad, pertenecientes al género de la narrativa, es decir novela para ser más claro. Y desde luego en lengua castellana cien por cien. Esto representa una rémora en mi condición de lector. Lo sé. Pero se corresponde con mi muy particular manía de disfrutar la lectura desde todos los ángulos que el autor nos propone. Quiero decir que para mí la calidad de un relato no está principalmente en el desenlace de la historia; ni siquiera en el asunto que nos proponga. Es esencial la for-

---

\* Creador de contenidos nato, tras dedicar una vida a la radio y a la televisión, **Miguel de los Santos** decidió dedicar otra de sus vidas a la literatura. Ha publicado un libro de ensayos vivenciales y tres novelas. Su última novela es *Flor de avispa*.

ma, la calidad del relato, la esencia del recorrido hasta llegar al final. El estilo, en definitiva. No importa tanto el punto de partida ni el destino final como el placer expectante del recorrido, de la belleza del paisaje lingüístico que nos conduce de un punto a otro. Esto no quiere decir que haya renunciado a Faulkner, a Kundera o a Puzo por poner unos ejemplos. Pero con la sensación de que me he perdido algo. Algo que ni los mejores traductores pueden transmitir: el estilo. Ese intangible maravilloso e intransferible de todo autor.

De manera que esos libros que os propondré aquí llegarán de la fuente inagotable que es la lengua castellana. Y más concretamente aún de una era literaria formidable y próxima; sucesora de los grandes movimientos que nos dejarán el llamado Siglo de Oro primero, la generación del 98 más tarde y la del 27 a continuación. Una generación de autores y obras inconmensurable nacida y cultivada a ambas orillas del Atlántico y que, muy acertadamente en mi opinión, fuera bautizada como “El realismo mágico”. Y os advierto que procuraré hilar fino. Por supuesto que no es mi intención recurrir a sus grandes obras de todos conocidas, sino de aquellas joyitas literarias que quizás quedaron oscurecidas por la impresionante sombra de títulos emblemáticos y que estoy seguro os van a sorprender. En ningún caso os hablaré del Vargas Llosa de *Conversación en la Catedral* y *La Ciudad y los Perros*, sino de títulos fascinantes pero menos conocidos como *El hablador* y *Lituma en los Andes*; tampoco en la recomendación de *La Colmena*, si os propongo entrar en el mundo de Cela sino de *Madera de Boj*, la última de sus obras donde se adentra hasta el fondo en los secretos de su tierra gallega como legado inevitable de su vida; obviaremos los *best seller* de García Márquez con su irrepetible saga de los Buendía, *Cien años de Soledad*, *El Otoño del Patriarca* y *El amor en los tiempos del cólera*, de todos conocidos; pero recomendaré una pieza breve y magistral del Nobel colombiano titulada “Yo no vengo a decir un discurso”, que contiene una compilación de conferencias y clases magistrales impartidas por el escritor en universidades y distintos foros de la cultura. Yo sugeriré, en fin, que no os quedéis en el Delibes de *Los Santos Inocentes*. Os recomiendo *Las Ratas*, novela magistral donde el autor vallisoletano hace un soberbio relato de vida y muerte sobre su tierra castellana.

Esta es mi propuesta. Desde *La Torre del Ojo*, hasta el mes que viene.



### ¿POR QUE SEGUIMOS LEYENDO A LOS CLÁSICOS EN 2025?

José Ramón Guillem García

[www.joseguillem.com](http://www.joseguillem.com)

Hoy he vuelto a leer a un clásico, aunque no sé si fue por voluntad propia o por la misma fuerza invisible que me empuja a hacer la declaración de la renta cada año. La diferencia es que, mientras Hacienda me devuelve migajas, los clásicos me devuelven preguntas incómodas, que no puedo descontar de ningún sitio. Me he preguntado si leer a Homero en 2025 no es un acto de resistencia, casi subversivo, como presentarse en una reunión corporativa con sandalias y un termo de café ajeno.

En la era de los audiolibros con voces sintéticas y las reseñas de quince segundos, abrir *La Odisea* es como sacar una máquina de escribir en medio de un aeropuerto: la gente te mira como si hubieras cometido una herejía, pero no sabe si debe denunciarte o pedirte una foto. Me pregunto si, en el fondo, seguimos leyendo a los clásicos porque representan una burocracia narrativa

que ya no existe: un contrato tácito entre autor y lector en el que ambas partes se comprometen a perder el tiempo juntas.

Leer a Dostoievski es entrar en una oficina que nunca cierra, donde cada personaje parece estar rellenando un formulario invisible para justificar su propia existencia. Balzac, por su parte, podría haber sido un inspector de hacienda del alma humana: no se le escapaba un solo gasto sentimental, y cada pasión debía ser registrada, fechada y archivada con un sello húmedo. Uno se siente vigilado por estos autores, como si al pasar de página estuviera firmando un documento notarial que certifica que aún piensa, que aún no ha sido completamente absorbido por la velocidad idiota del presente.

Pero también hay algo profundamente absurdo en este culto a lo clásico. A veces pienso que leemos a Cervantes como quien guarda una reliquia en una caja fuerte sin atreverse a tocarla. Los prólogos académicos, con su jerga solemne, me recuerdan a los formularios de “Solicitud para comprender el Siglo de Oro”: si no marcas la casilla correcta, el *Quijote* se niega a abrirte la puerta. Y, sin embargo, ahí seguimos, intentándolo, como si el mero acto de leer fuera también una forma de obediencia voluntaria a una ley no escrita.

Claro que los clásicos tampoco ayudan. Se presentan ante nosotros con la misma actitud de un funcionario que lleva treinta años en el mismo mostrador: saben que los necesitamos y se permiten el lujo de tratarnos con condescendencia. Shakespeare, por ejemplo, se sienta a observarnos desde su torre de papel, convencido de que cualquier trama humana que inventemos ya la escribió él mejor y con más metáforas de las necesarias. Y lo peor es que tiene razón.

En ocasiones, me pregunto si no seguimos leyendo a los clásicos solo para confirmar que el presente no es tan original como presume. Hay autores que escriben sonetos en segundos, y lo valoro, mucho, aunque no sabe morir de tuberculosis en un café de París mientras escribe cartas desesperadas. El *youtuber* recomienda libros “similares” a los que ya nos gustaron, pero nunca nos arrojará a las manos de un autor que nos incomode de verdad. El clásico, en cambio, es como ese amigo impredecible que llega a tu casa con una botella medio vacía y un discurso sobre el sentido de la vida que te deja sin dormir tres noches.

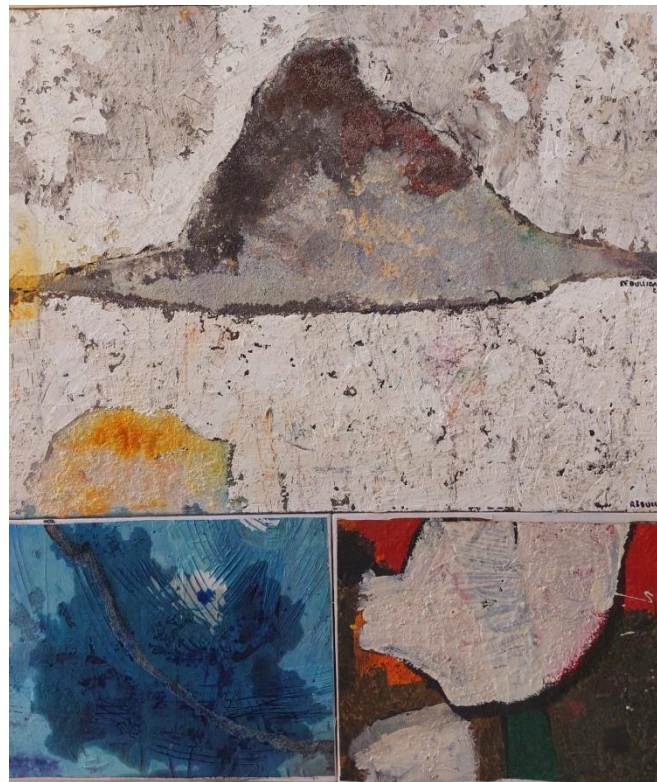


No es nostalgia, tampoco. No se trata de querer volver a un pasado idealizado. Si algo nos enseñan los clásicos es que el pasado estaba tan lleno de miseria, traiciones y mediocridad como el presente. Lo que cambia es el ritmo: en sus páginas, el tiempo se dilata como una reunión interminable en la que, contra todo pronóstico, encuentras algo valioso en medio del tedio.

Quizá seguimos leyéndolos porque nos recuerdan que no somos los primeros en sentirnos atrapados. Que Kafka, inmortal Kafka, sin conocernos, ya redactó nuestro informe psicológico. Que Virgilio sabía lo que era buscar una patria y no encontrarla en ningún mapa. Que Jane Austen entendía el desdén elegante antes de que existieran los emoticonos. En el fondo, son nuestros testigos: firmaron actas de nuestras angustias antes de que nosotros naciéramos.

Por eso, cuando cierro un clásico, no siento alivio, sino algo así como una extraña culpa y gratitud. Culpa, por haberlo dejado ahí durante meses, o años, acumulando polvo como un expediente olvidado en un archivo; gratitud, porque al abrirlo, el autor, muerto hace siglos, se comporta como si me hubiera estado esperando todo este tiempo y estuviera a mi lado.

Tal vez ese sea el motivo real: seguimos leyendo a los clásicos para que alguien, en algún rincón del tiempo, nos siga llamando por nuestro nombre.





**Del color de la leche**  
**NELL LEYSHON**

Fragmento de la portada de la edición del libro en español

***DEL COLOR DE LA LECHE*, de Nell Leyson. Sexto Piso, 2013.**

Elena Belmonte\*

Lo absolutamente destacable de esta novela es la voz que nos cuenta la historia. Una voz pequeña, inculta, que casi acaba de aprender a leer y escribir y aún, ni siquiera, tiene noción de los signos de puntuación. Es fácil imaginársela sacando la lengua para poner sobre el papel cada palabra. Escribir ciento y pico páginas atendiendo a algo así, no me parece tarea sencilla. Si bien te obliga a meterte en la psicología de la protagonista como en cualquier novela, también a estar muy pendiente de su manera de expresar. Y es precisamente esto lo que la hace no caer en el melodrama.

Parece una narración contada para alguien, o para sí misma. Yo me inclino más por esta segunda, porque no hay nadie en la vida de esta chica que dé la impresión de poder convertirse en destinatario de semejante historia.

Desde la ignorancia más absoluta, la protagonista parece tener una sabiduría natural que se cuela, sobre todo, en los diálogos, en sus respuestas. Diálogos que también tienen la particularidad de no ir separados ni por guiones ni por acotaciones, de modo que vienen mezclados con la voz de la propia narradora.

---

\* **Elena Belmonte** es escritora y profesora de técnicas narrativas.



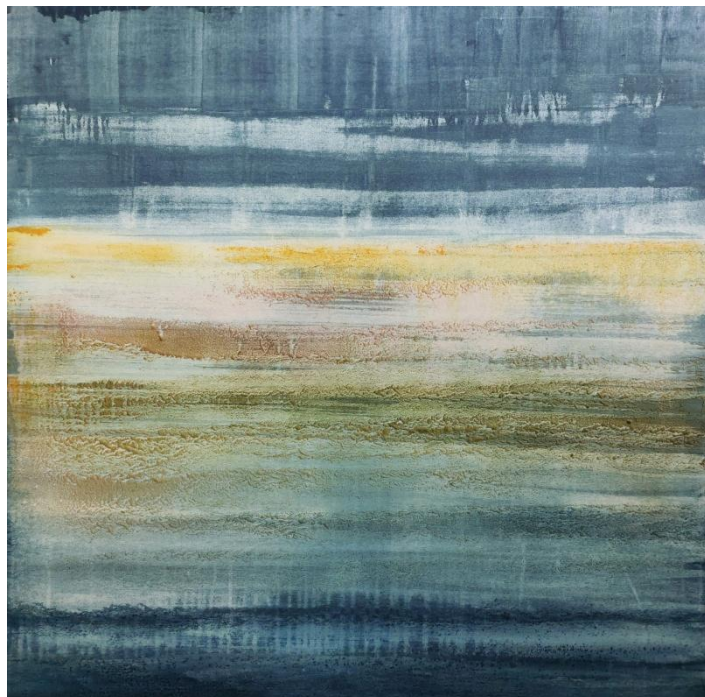
Pero no es solo su sabiduría innata, sino quizá aún más notable, esa forma que tiene de vivir las cosas: si algo te preocupa y tiene solución, dásela, y si no la tiene, ¿para qué preocuparte? Y esa filosofía está también en el tono con que nos cuenta todo lo que le ha sucedido. En realidad, esta novela es un ir hacia atrás, una larga retrospección hasta las últimas páginas, donde nos damos de bruces con el presente. Y el presente reúne todo lo anterior y, sin exagerar, nos deja sin aliento.

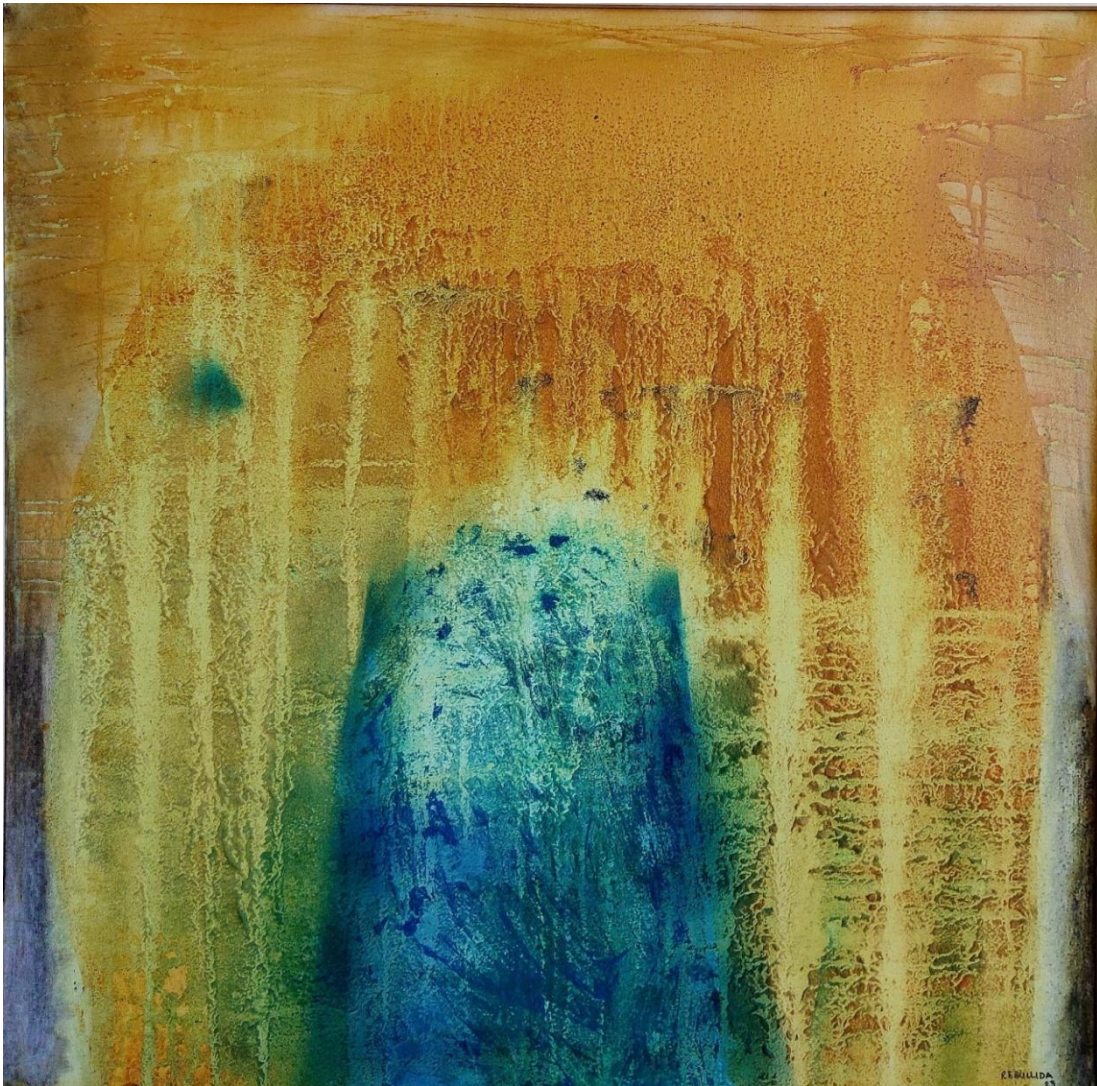
Me gustan esas historias que no te dejan igual. Después de leerlas, tienes la sensación de que ha ocurrido algo que antes no estaba ahí. En el mundo, en la vida, en el aire. Se te queda así, como recogida en algún lugar de ti, pero sigue hablándote por largo tiempo.

Una chica en una granja, trabajando todo el día, unos padres que mejor tenerlos lejos. Una chica que se va a vivir a una vicaría. Primero desea volver a la granja, a pesar de todo, pero sus prioridades van cambiando y reformulan sus deseos. Ejemplo manifiesto de que el deseo de algo, perseguirlo, cueste lo que cueste, lo reformula todo.

Me quedo con el retrato, sencillo y profundo, de en eso que consiste ser un espíritu libre. Y el mensaje, escrito en piedra, del precio que, a veces, se esconde detrás de una decisión.

Qué alivio encontrar este libro de Nell Leyshon, entre tanta confusión y disfraz.





### **Enheduanna y Junko Tabei**

R. Kipling\*

Enheduanna fue la hija del rey de Akad Sargón I y fue nombrada Suma Sacerdotisa del dios Nanna, hace más de cuatro mil años. La tarea que tuvo que afrontar no era nada sencilla, debía unificar el panteón sumerio y akadio para dar estabilidad al recién estrenado imperio creado por su padre. Sin embargo, lo que la perpetuó en el tiempo fue su obra “Himnos Sumerios”, escrita en caracteres cuneiformes sobre tablillas de arcilla y siendo la primera obra firmada en Mesopotamia. La obra más antigua de la Historia es el poema de Gilgamesh del 2650 a.C., pero de autoría anónima, por lo que la obra de Enheduanna es la primera obra de la historia de la que se tienen datos de su autor.

---

\* Historiador con la inquietud apasionada de mostrar la importancia de la Mujer a lo largo de la Historia.

Enheduanna era una ferviente devota de la diosa de la guerra y la fertilidad, la llamada Innana en Sumer e Ishtar en Akad. En una de sus obras pedía ayuda a Inanna para enfrentarse a un enemigo agresor llamado Lugalane, probablemente rey de Ur. “¡Se ha atrevido a acercarse a mí en su lujuria!”, escribía en el poema *La exaltación de Inanna*. Lugalane envió al exilio a la rebelde Enheduanna hasta que finalmente Naram–Sin, su sobrino, logró vencer al insurrecto y ella logró ser restituida como Suma Sacerdotisa en Ur.

Avancemos cuatro mil años en el tiempo y vayamos a una pequeña localidad japonesa llamada Miharu, en la prefectura de Fukushima. Allí nació en 1939 la pequeña Junko Tabei, la quinta de siete hermanos. Desde muy pequeña fue una niña frágil y débil, pero su mente no iba al mismo ritmo que su cuerpo. A los 10 años ya había escalado el monte Nasu, al norte de Japón, pero su familia no tenía recursos para apoyarla en el deporte de la escalada, y a pesar de todo Junko no cejó nunca en su empeño de ser una de las mejores escaladoras del mundo.

La joven Junko se convirtió en una mujer de poco más de 1,45 de estatura, pero con una voluntad de hierro que le permitió escalar el Monte Fuji en Japón y el Cervino en los Alpes suizos. Un grupo de 15 mujeres japonesas intentó alcanzar la cima del Everest a mediados de los setenta, no tenían recursos y tan solo contaban con el patrocinio del periódico *Yomiuri Shimbun* y de Nippon Tv. Para ahorrar dinero, usaron fundas de asientos de automóvil reciclados para coser bolsas impermeables y guantes. También compraron plumas de ganso chino e hicieron sus propios sacos de dormir. La expedición comenzó a primeros de 1975 cuando viajaron a Katmandú y a principios de Mayo el grupo estaba acampado a 6.300 metros de altura cuando una avalancha les sepultó bajo la nieve. Tabei perdió el conocimiento durante seis minutos hasta que su sherpa la rescató. Doce días después de la avalancha, el 16 de Mayo de 1975, Junko Tabei junto a su sherpa Ang Tsering llegaron a la cima del Everest convirtiéndose en la primera mujer en conseguirlo.

Estoy convencido que Enheduanna y Tabei, a pesar de ser mujeres excepcionales, cada una en su contexto y época, no son conocidas en absoluto y esa es la triste realidad del papel de las mujeres en la Historia, nunca han sido destacadas lo suficiente. No olvidemos que la Historia la escriben los vencedores, pero alguien olvidó decir que de ellos, solo escriben los hombres.



Estas fueron las actividades culturales dentro del marco de Luciérnagas durante la temporada pasada:



## **12-30 Septiembre – EXPOSICIÓN LA REVISTA DE VALDEMORO: HACIENDO ALDEA**

Centro cultural Juan Prado, **Valdemoro** - <https://www.valdemoro.es/exposiciones>

## **14 Septiembre – SOLICOS MUNDI – LECTURA DE CUENTOS**

10:30 – 12:30 – Central Library – **Dublín**

## **24 Septiembre – DÍA EUROPEO DE LAS LENGUAS**

19:00 – 20:00 - Chillout Room – Escuela Oficial de Idiomas de **Valdemoro**

## **23 Octubre – TERTULIA**

18:00 – 19:30 – La poesía de Ida Vitale

Solicos – Grupo literario de Pinto.

## **25 Octubre – PRESENTACIÓN**

19:00 – Miguel Sarmiento presenta su primera novela *El silencio de la lluvia*

Salón de actos del CAE – Centro de Actividades Educativas, Calle Cuba 3 - **Valdemoro**

## **29 Octubre – TARDE DE MONSTRUOS**

19:00 – 20:30 – Lectura de cuentos de terror.

Salón de momias – Restaurante Puerta del moro - Valdemoro

## **Diciembre – CUENTOS POR NAVIDAD**

Número 103, diciembre 2024, de *La revista de Valdemoro*

## **30 Diciembre – CUENTOS POR NAVIDAD**

Exposición de cuentos e ilustraciones en La Casa de la Juventud de Valdemoro

## **12 Marzo – VI EDICIÓN CONCURSO DE DELETREO EN INGLÉS**

9:00 CAE – Salón de Actos – EOI Valdemoro

## **14-16 Marzo – ENCANTARES**

Berzocana, Cáceres

## **25 Marzo – CLUB DE LECTURA DEL INSTITUTO VILLA DE VALDEMORO**

16:30 Charla coloquio sobre la novela *Carabinieri*

## **22 Abril – POSEÍA POESÍA**

19:15 Biblioteca Ana María Matute - Valdemoro

## **26 Abril – FIRMA DE LIBROS EN LA FERIA DEL LIBRO DE VALDEMORO**

19:00 Parque de España - Valdemoro

## **29 Abril – PRESENTACIÓN LIBRO “PIEL DE NARANJA”, DE REMEDIOS NIETO LORCA**

19:00 Biblioteca Ana María Matute – Valdemoro

## **16 Mayo – ENTREGA DE PREMIOS DEL CERTAMEN LITERARIO BREVERÍAS II EDICIÓN**

18:30 Lavadero municipal – Calle Illescas, 4 - Valdemoro

## **5 Junio – PRESENTACIÓN LIBRO “RINCONES DE LA INFANCIA”, DE FELIPE DÍAZ PARDO**

20:00 Librería Tierra del Fuego – Travesía del Conde Duque, 3 - Madrid

Estas son las actividades culturales previstas para la próxima temporada dentro del marco de Luciérnagas:



**23 Septiembre – DÍA EUROPEO DE LAS LENGUAS**

19:00 – 20:00 — Chillout Room – Escuela Oficial de Idiomas de **Valdemoro**

**28 Octubre – TARDE DE MONSTRUOS**

19:00 – 20:30 – Lectura de cuentos de terror.

**Noviembre – CERTAMEN LITERARIO BREVERÍAS III EDICIÓN**

**Diciembre – CUENTOS POR NAVIDAD**

Número 114, diciembre 2025, de *La revista de Valdemoro*

**21 Abril – POSEÍA POESÍA**

19:15 Biblioteca Ana María Matute – Valdemoro

## CUADROS DE CARMELO REBULLIDA

- Portada: *Caballito* - 25x40x10 cm – Poliestireno.  
Página 4: *Exoplaneta* – 100x100 cm – Mixta/lienzo.  
Página 5: *Paisaje.1990* (Fragmento) – 81x100 cm – Mixta/lienzo.  
Página 6: *Calavera* – 65x50 cm – Mixta/lienzo  
Página 7: *En Garde* – 160x130 cm – Mixta/lienzo  
Página 8: *Óxidos* (Fragmento) – Mixta/lienzo  
Página 20: *Óxidos*– Fragmento.  
Página 25: *Cabeza.2024* – 30x30 cm – Mixta/lienzo.  
Página 28: *Perrito.2022* – 55x70 cm – Mixta/papel.  
Página 37: *Abstracción en azul.2025* – 100x100 cm – Mixta/lienzo.  
Página 38: *Tierras* – 50x50 cm – Mixta/lienzo.  
Página 41: *Sin título* – Mixta/lienzo.  
Página 44: *Remando al viento* – 65x50 cm – Mixta/lienzo  
Página 48: *Paisaje azul y blanco.2023* – 105x100 cm – Mixta/lienzo.  
Página 51: *Abstracción.2025* – 90x90 cm – Mixta/lienzo.  
Página 56: *Paisaje.2019* – 81x100 cm – Mixta/lienzo.  
Página 58: *Paisaje* – 80x60 cm – Mixta/lienzo.  
Página 60: *Marisma.2024* – 90x90 cm – Mixta/lienzo.  
Página 61: *Paisaje.2024* – 80x80 cm – Mixta/lienzo.  
Página 63: *Constelaciones* – 81x100 cm – Mixta/lienzo.  
Página 64: *Medusa* – 90x90 cm – Mixta/lienzo.  
Página 65: *Flores.2024* – 80x60 cm – Mixta/lienzo.

